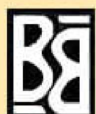
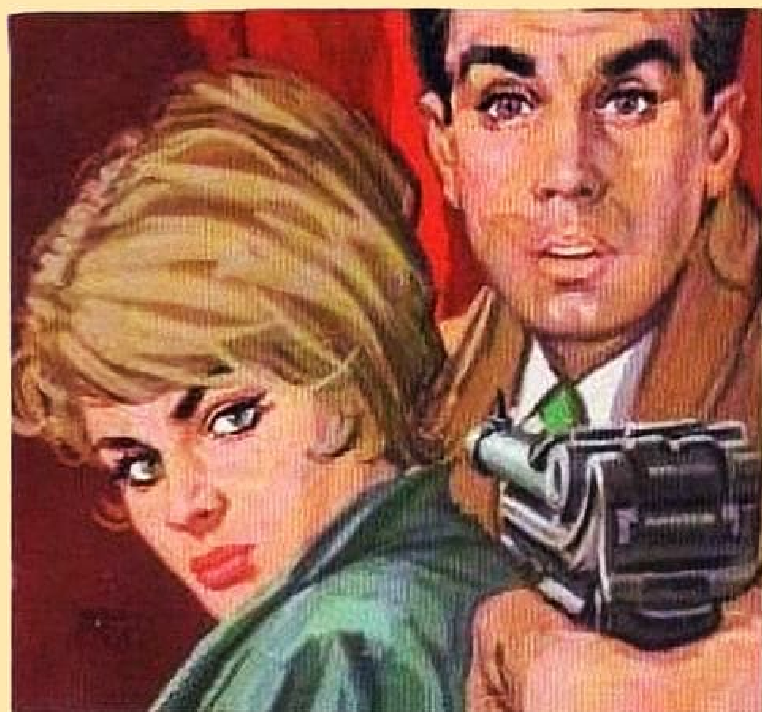


EL RAPTO DE UNA DAMA

BURTON HARE





Era una noche brumosa y húmeda. No se distinguían las estrellas, y a poca distancia de la carretera, todo era una masa negra impenetrable.

El coche se deslizaba sin excesivas prisas. Sentado ante el volante, Paul Crane pensaba en todo menos en violencia. Cierto que había vivido inmerso en un mundo de luchas hasta hacía muy poco tiempo, pero eso había quedado atrás definitivamente.

O, por lo menos, eso había creído.

Primero vio los faros en el espejo retrovisor. Observó que el coche que estaba dándole alcance llevaba prisa y se arrimó un poco más a la derecha, de manera rutinaria, para dejarle paso.

Entonces, la primera bala agujereó el cristal del parabrisas, dibujando un feo agujero bordeado de estrías.



Burton Hare

El rapto de una dama

Bolsilibros - Servicio Secreto - 907

ePub r1.0
LDS 29.12.17

Título original: *El rapto de una dama*
Burton Hare, 1967
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



SS SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Era una noche brumosa y húmeda. No se distinguían las estrellas, y a poca distancia de la carretera, todo era una masa negra impenetrable.

El coche se deslizaba sin excesivas prisas. Sentado ante el volante, Paul Crane pensaba en todo menos en violencia. Cierto que había vivido inmerso en un mundo de luchas hasta hacía muy poco tiempo, pero eso había quedado atrás definitivamente.

O, por lo menos, eso había creído.

Primero vio los faros en el espejo retrovisor. Observó que el coche que estaba dándole alcance llevaba prisa y se arrimó un poco más a la derecha, de manera rutinaria, para dejarle paso.

Entonces, la primera bala agujereó el cristal del parabrisas, dibujando un feo agujero bordeado de estrías.

Dio un respingo. Instintivamente, agachó la cabeza. El segundo disparo zumbó demasiado alto. Hundió el acelerador hasta el fondo y el rutilante coche saltó hacia adelante como un potro pura sangre.

Otra detonación estalló atrás. Un nuevo agujero apareció ante sus ojos, y nuevas estrías. El aire silbaba furiosamente con la velocidad, arremolinándole los cabellos. Se maldijo por haber dejado la capota bajada, porque ofrecía un blanco magnífico para los bastardos que se habían propuesto eliminarlo.

Rechinó los dientes. Vio que podía mantener la distancia y cobró ánimos, aferrado al volante, con la cabeza gacha y los ojos al nivel del borde inferior del par brisas.

Dos nuevos proyectiles se estrellaron contra el cristal. De seguir así, pronto no vería nada a través de él.

Los conos de luz de los faros revelaban una carretera ancha y desierta, lo cual no dejaba de ser una suerte.

De repente apareció una curva y las ruedas chillaron, al tomarla. El convertible se levantó sobre un costado y por unos instantes dio la sensación de que iba a dar una voltereta y saltar fuera de la pista, pero al fin volvió a estabilizarse, cuando ya el coche perseguidor aparecía también en el viraje.

Paul Crane maldijo entre dientes por no tener oportunidad de devolver el fuego de sus enemigos. No sabía quiénes eran, pero imaginaba que Henry Hogan no era ajeno a ese atentado.

Hogan, el hombre que le había jurado que podía contar con él siempre…, el tipo que manejaba todas las organizaciones turbias de varios Estados. ¿Por qué había cambiado de opinión?

Pisó el acelerador con la esperanza de que pudiera arrancarle unas millas más al ya forzado motor. Advirtió al mismo tiempo que los faros del auto que venía detrás habían ganado terreno. Juró entre dientes.

Se consoló pensando que si en lugar de dispararle con pistola lo hubiesen hecho con ametralladora, a estas horas estaría despanzurrado en cualquier lado.

Escuchó el ominoso zumbido de otro proyectil que le buscaba. Sintió un escalofrío. La distancia entre él y sus perseguidores se redujo un poco más.

Había enfrentado la muerte en otras ocasiones, pero siempre había tenido la oportunidad de defenderse. Ahora sentíase igual que una liebre acosada por una jauría de perros hambrientos. Si pudiera hacer algo…

Repentinamente, la carretera inició el descenso hacia el valle, con su infinita variedad de curvas. Era un suicidio lanzarse a esa velocidad por semejante laberinto, pero sabía que los otros no aflojarían la marcha a causa del riesgo, de modo que tomó la primera, viendo abrirse a su derecha el imponente abismo, y adquiriendo casi la seguridad de que iba a desplomarse por él cuando el coche se levantó con las ruedas al aire en medio del terrible viraje.

Pero una vez más, la fortuna le sonrió y escapó de semejante trampa sólo con algunos latidos más en su alborotada sangre.

Y, justamente a causa del viraje, tuvo la idea que podía llevarle a la muerte o a la salvación. Pero era su única esperanza y no se entretuvo en analizar los riesgos. Todo dependería de la pericia del

conductor del auto que le perseguía.

Esperó hasta la siguiente curva. Poco antes de entrar en ella aplicó los frenos, los soltó y repito la presión un par de veces más, hasta reducir la suicida velocidad del descapotable, de modo que tomó la curva con cierta normalidad. Antes de entrar del todo en ella advirtió también que la distancia entre él y sus perseguidores se reducía al mínimo.

Entonces cerró el contacto y aplicó el freno hasta abajo. El coche culebreó, con los neumáticos quemándole contra el asfalto. El motor emitió un terrible ruido, como si fuera a reventar. El coche se detuvo entre tremendas sacudidas, y antes de que estuviera del todo parado, Paul saltó por encima de la portezuela y corrió hacia los arbustos que bordeaban la carretera.

Entonces, el gran sedán negro apareció a toda velocidad, con dos ruedas al aire. El conductor descubrió el obstáculo una fracción de segundo demasiado tarde, luchó con el pesado vehículo para evitar el mortal choque…

Lo eludió, pero sólo tenía el espacio justo para pasar entre el descapotable y el precipicio. La suerte le abandonó en aquel instante y el gran coche saltó al vacío después de arrancar una parte del bordillo de protección.

Paul se irguió, con un frío de muerte culebreando en su espalda. Oyó el primer choque de metal contra la roca. Después hubo otros, a medida que el coche rebotaba hacía el abismo, y un impacto final, amortiguado por la distancia y que repercutió en la noche como el lamento agónico de un cíclope.

Impresionado a su pesar, Paul Crane acercóse al borde del precipicio, imaginando lo que iba a contemplar: nada en absoluto, porque la oscuridad era completa pocos metros más abajo del asfalto.

No obstante, allá abajo, a una distancia que no supo calcular, se elevó una llamarada y luego percibió el estallido del depósito de gasolina. Ya no tenía que preocuparse por la suerte de los pistoleros, aunque le habría agradado conocer su identidad. Posiblemente, incluso los conociera personalmente uno a uno… O quizá no.

Regresó a su coche y reanudó el viaje, conteniendo su nerviosismo. Era la segunda vez que atentaban contra su vida en

una semana, aunque en realidad era la primera que lo hacían tan descaradamente…

¿Por qué?

Esa pregunta empezó a repiquetear una y otra vez en su mente, hasta el punto que llenó toda su imaginación. Acabó por detener el coche, maniobrar lentamente y emprender el camino de regreso, dispuesto a sacudirse de encima semejante amenaza… a cualquier precio.

* * *

Henry Hogan levantó la cabeza y sus ojos, extrañamente claros, se clavaron en el intruso. Enarcó las cejas.

—¿Qué modo de entrar es éste, Paul? —exclamó—. Alguien debiera enseñarte modales alguna vez…

—Quería hablar contigo sin estorbos —gruñó Paul Crane—. Creo que no lo habría conseguido si me hubiese hecho anunciar.

—¿Por qué no? Siempre eres bien recibido aquí, y tú lo sabes.

—Algo ha cambiado, Henry.

—¿Cambiado? —reclamó Hogan—. ¿Qué infiernos ha pasado?

Paul escrutó su rostro, grande y congestionado. Siempre lo tenía teñido de rojo, como si tuviera demasiada sangre en el cuerpo. Sus ojillos miraban de frente y apenas pestañeaban. Una mueca de irónica burla curvaba sus labios, aunque estuviera ceñudo. Era un rictus que había engañado a más de uno de sus enemigos, haciéndoles creer que su humor era excelente, cuando en realidad pensaba en la manera de propinarle una paliza.

—¿Dónde están los muchachos, Henry? Éste iba de sorpresa en sorpresa, al parecer.

—Abajo, supongo —dijo—. Excepto el que vigila el pasillo, los demás no tienen nada que hacer, salvo divertirse un poco.

—¿De veras? Yo te pregunto por los que tripulaban el «Cadillac».

—Con franqueza, Paul, no comprendo… ¿Qué «Cadillac»? Si te refieres al mío, está estacionado en el callejón, junto a la salida trasera.

—Lo he visto allí. Pero había otro, negro y grande cargado con un par de matarifes.

Han intentado liquidarme en la carretera. ¿Sabes tú algo de eso?

Hogan se enderezó. La sangre huyó de su rostro. Palideció y el efecto de esa decoloración resultó sorprendente.

—Paul… —mascculló—. ¿De veras crees que yo…?

—No hay ningún otro, Henry. No estoy metido en ningún negocio, no tengo cuentas personales con nadie. En cambio, hace un mes que dejé tu organización…

—Y no hubo recelos de ninguna clase. Entre tú y yo ha existido siempre una amistad…; nunca se me ocurriría romperla. ¿Cómo demonios has podido creer que yo he ordenado matarte?

—Mira, Henry; yo también confiaba en ti. Pero ahora dime quién puede estar interesado en sacarme de este mundo… No soy un tipo importante, y por si algo faltaba, ni siquiera estoy mezclado en ningún *racket*. Pero en cambio, conozco muchos detalles de tu organización… porque he pertenecido a ella.

Hogan sacudió la cabeza. Continuaba pálido y daba la sensación de sentirse también muy pesaroso.

—Paul —masculló—, no sé quién ha organizado la cosa, pero sea quien sea, es desconocido para mí. Y yo sé que nunca me traicionarías… Es cierto que conoces mis negocios, pero también sabes que en la actualidad no hay ninguno que sea…, digamos…, ignominioso. Mis principales fuentes de ingresos se deben al «juego de los números», a las apuestas y a este *cabaret*. ¿Por qué demonios tendría que preocuparme por ti? Lamenté que te fueras de mi organización, pero todo lo que te deseo es suerte.

Paul titubeo. La voz de su antiguo jefe y amigo le parecía sincera.

—Me gustaría creerte, Henry…, pero los disparos de anoche no han sido un sueño. Puedes ver los agujeros en el parabrisas.

—Eso no tiene sentido, Paul… ¿Quiénes tripulaban el Cadillac?

—No lo sé. Se han despeñado por un abismo y el coche ha estallado en llamas. No me he entretenido en descolgarme por las rocas.

Henry Hogan cabeceó, asintiendo. Luego permaneció absorto unos instantes, mientras reflexionaba. Sus ojillos no se apartaron de su visitante ni un segundo. Al fin, murmuró:

—Será preciso aclarar eso, Paul… Si alguien ha querido matarte, debe ser por viejas rencillas de cuando trabajabas para mí. A menos, claro está, que andes metido en líos.

—No hay líos de ninguna clase. Me separé de ti a causa de Doria. Quiero casarme con ella y darle una vida tranquila. No se me ocurriría buscarme dificultades justamente ahora.

—Entonces, empieza a pensar en algún enemigo que te creaste mientras estuviste conmigo.

—No puedo acordarme de ninguno. Yo no era un elemento de acción. Todo lo que hacía era organizar los números.

—Y de manera magnífica, por cierto. Desde que te fuiste ando de embrollo en embrollo…

Rió forzadamente. Luego, Paul carraspeó.

—Lo siento —dijo a regañadientes—. No debí decirte todo esto, pero no pude reflexionar con calma, y sólo tú entrabas en mis ideas.

—Olvídalo. Quizá yo habría reaccionado igual en tu caso. ¿Vamos a tomar una copa, Paul? Como en los viejos tiempos… Ah, y podrás ver a Sara Diamond, mi nueva estrella.

—¿«Diamante»?

—Lo es…; te convencerás cuando la veas. ¡Qué mujer, Paul! Si yo tuviese unos años menos…

—Lo que te sobran a ti son quilos, Henry.

Como siempre que hablaba con él, a Paul se le esfumó la ira y la desconfianza. De nuevo confió en su viejo camarada y ambos salieron del despacho rumbo a la planta baja del edificio, donde se hallaba establecido el *cabaret* propiedad de Henry Hogan: The Vagabond.

Era un local espacioso, bien decorado y siempre muy concurrido. Sus atracciones tenían fama, tanto de calidad como de descaradas. Había ocasiones en que la policía había tenido mucho que decir sobre el atrevimiento de los números, pero las influencias y contactos de Hogan le habían sacado de apuros una vez tras otra.

Los dos hombres se dirigieron al mostrador. Siguieron comentado el atentado de que Paul Crane había sido víctima, sin que ninguno de ellos pudiera llegar a ninguna conclusión que aclarase un poco el oscuro misterio.

Después, agotado el tema, Hogan indagó:

—¿Cómo sigue Doria? ¿Todavía me detesta?

—Bueno, no te tiene mucha simpatía —reconoció Paul, con una sonrisa—. Ella está convencida de que tú me atraerás de nuevo a la mala vida.

—Tranquilízala. Dile que no volvería a aceptarte en mi organización ni que lo pidieras de rodillas. No hay peor colaborador que un tipo con escrúpulos de conciencia… Ahora saldrá Sara.

—Veamos ese diamante.

Se amortiguaron las luces y sólo quedó un foco clavado en medio de la pista. Todas las miradas convergieron sobre el círculo luminoso que marcaba el centro de la brillante superficie de barnizada madera.

La orquesta inició el preludio de un número con reminiscencias orientales. Hogan murmuró en voz baja:

—Fíjate bien, muchacho. En tu vida has visto nada igual…

De repente, el foco se apagó, sumiéndolo todo en una momentánea oscuridad. Fue solo unos segundos, como un parpadeo, pero cuando volvió a brillar, «ella» estaba allí.

Era de estatura elevada. Iba envuelta en una especie de túnica oriental que velaba sus formas. Tenía un rostro sensual, en el que brillaban unos ojos verdes y profundos, semicerrados en aquel instante. Una larga melena negra le caía en cascada sobre sus hombros.

Permaneció quieta allí unos momentos, mientras la orquesta subía de tono y los tambores comenzaban a percutir con ritmo creciente. Era maravillosa, estatuaria. Los tambores se convirtieron en una vibración obsesiva. Toda la clientela había enmudecido y aguardaba casi conteniendo el aliento.

Repentinamente, la música enmudeció, creando un extraño vacío en el ambiente. Y entonces ella comenzó a moverse.

El silencio era tan denso, que daba la sensación de algo tangible.

La música reanudó su ritmo, suavemente, marcando el contoneo de aquel cuerpo, que debía ser escultural.

Se movía con una gracia felina, suave e inquietante a la vez.

Pero la suavidad fue desapareciendo de sus movimientos y sus giros, a medida que la música cobraba vigor y vida, en un *crescendo* impresionante. Ella giraba cada vez más rápidamente, dejando que cada músculo de su cuerpo vibrara con el movimiento. Era mi ritmo enloquecedor, vibrante, que se apoderaba paulatinamente de los sentidos hasta subyugarle a uno. Paul se dejó invadir por la extraña lasitud que producía en él, y vio cómo ella cerraba los ojos, dando la impresión de hallarse en un trance hipnótico, como si fuera una

danza sagrada la que estuviera representando.

Más sabía lo que hacía y «cómo» lo hacía. A medida que sus giros se convertían en frenéticos, y los movimientos de la danza en mucho más violentos, la pesada túnica escarlata se remontaba, girando con ella. Y a cada nueva vuelta descubría más extensión de su cuerpo, y el brillo opaco de su piel resaltaba contra el color vivo de la túnica, mientras el foco iba debilitándose, dejando que las sombras fueran cayendo lentamente sobre la pista…

De pronto, la música, tras unos compases atronadores, calló en seco. La bailarina continuó girando unos Segundos más, como una sombra viva, casi sin luz en el foco…, y entonces la túnica se desprendió de sus hombros y voló hasta los pies de las primeras mesas y la luz se apagó. Fue una visión fugaz que apenas si duró un segundo, pero que electrizó a la, clientela hasta hacerla saltar chispas de las manos, al aplaudir entusiásticamente.

Alguien recogió la túnica al encenderse las luces normales. Los aplausos tardaron cierto tiempo en extinguirse. Paul carraspeó.

—¿De dónde demonios la has sacado, Henry? —Gruñó, todavía impresionado. Hogan rió, burlón.

—Te gusta, ¿eh, muchacho?

—¿Y a quién no?

—Bien, se presentó hace días. Te confieso que apenas si le presté atención. Acuden a docenas para que les de una oportunidad, tú sabes…, pero luego se ofreció a mostrarme su número y accedí a presenciarlo. Bien…, ahí la tienes, y con un contrato por tanto tiempo como ella quiera.

—Es algo serio, Henry…

—Olvídate de ella ahora. ¿Qué piensas hacer con eso del atentado?

—Nada. Haré que me cambien el cristal del coche. No quiero meter a la policía en esto.

—Bien, pase lo que pase, cuenta conmigo.

Se estrecharon las manos. Una vez más, Paul supo que, a pesar de todo, podía seguir confiando en Henry Hogan…

CAPÍTULO II

Doria esperó a que el disco cayera en el plato de la gran radiogramola. Entonces se volvió y sus ojos, profundos, se fijaron en Paul con expresión acariciadora.

Una música suave y llena de sugerencias se elevó por los altavoces del aparato. Paul dijo:

—De modo que al fin lo has arreglado.

—Te dije que acabaría por conseguirlo. Accede a la separación mediante una suma como único pago. Una fuerte cantidad, por supuesto.

—El gran bastardo… Debiste dejarme las manos libres para tratar con él personalmente.

Ella sacudió la cabeza.

—No quiero violencias en este asunto, Paul. Le daré el dinero, que es por lo que se casó conmigo, y tú y yo seremos libres para vivir en paz nuestras vidas.

Se acercó a él con su andar cadencioso. Era muy hermosa, tenía veintiocho años, el caballo color de miel, la piel dorada y el cuerpo de proporciones perfectas, exuberante y bello.

Paul Crane se dijo una vez más que estaba loco por aquella mujer.

—Haría cualquier cosa por ti, querida —susurró.

—Ya lo has hecho.

El supo que se refería a su cambio de vida. Sonrió.

—No me costó ningún esfuerzo.

Doria se acurrucó a su lado. El inclinó la cabeza y la besó larga y apasionadamente. Después, ella levantó la cara y le miró de muy cerca.

—Tengo que irme ya, amor… Sólo quería que supieras la noticia

cuanto antes.

—Podrías quedarte esta noche.

—No. Es preferible no correr riesgos estos últimos días.

—Está bien, como quieras.

La abrazó. Ella se estremeció bajo la intensa llama de aquel beso frenético de despedida. Nunca había vibrado como en los instantes en que Paul la besaba. Así descubrió lo que era el amor, después de su desgraciada experiencia matrimonial con un cazafortunas del que iba a librarse…

—Te quiero, Doria… Ahora sé que ya no podría vivir sin ti.

—¿Y qué crees que siento yo, loco?

Se levantaron. Ella recompuso su desordenado vestido. Sonrió y él sintióse en paz con todo el mundo, y ni siquiera recordó el atentado de que fuera víctima apenas tres noches atrás. Todo le sonreía.

La acompañó hasta la puerta. Ambos salieron al pasillo. El ascensor estaba casi en el extremo y anduvieron enlazados por la cintura. Paul apretó el botón de llamada.

—Te veré mañana —dijo—. Comeremos juntos. ¿Conforme?

—Sí. Estaré sola en casa hasta que vengas a buscarme.

El aparato llegó. Paul la besó fugazmente. Ella entró en el ascensor, se cerraron las puertas y Paul quedó solo en el ancho pasillo.

Regresó a su apartamento, sintiendo en los suyos el saber de los labios de Doria. Ninguna mujer había sabido besarle jamás con aquel fuego, con tanta pasión desbordada, como si cada beso fuera el último.

Entró en su apartamento y cerró la puerta detrás de sí. Entonces vio al hombre.

Empuñaba una pistola provista de silenciador. Estaba de pie en medio de la estancia.

Paul contuvo el aliento. Nunca había visto a semejante individuo.

Éste dijo:

—Para ser un tipo condenado a muerte, es usted muy descuidado, Crane. Nunca debió dejar su puerta abierta…

—De modo que estaba apostado ahí fuera…

—En el recodo de la escalera.

—Ya veo.

—Sólo me queda por decirle que esto no es nada personal, usted sabe. Lo siento.

—¡Un memento!

El otro detuvo el dedo cuando ya se tensaba sobre el disparador. Avanzó un paso. Se detuvo junto a la mesita.

—Si se propone matarme, no tendrá inconveniente en decirme por cuenta de quién lo hace…

—¿Para qué? No me gusta hablar más de lo debido.

De nuevo pareció dispuesto a disparar. Paul movió la mano con una rapidez asombrosa, y el pesado cenicero de cristal tallado salió disparado. Al mismo tiempo; se arrojó al suelo.

Sonó un chasquido cuando la pistola se disparó. Casi simultáneamente, el cenicero pegó en la frente del asesino, sobre el puente de la nariz. El hombre derrumbóse con un quejido y quedó inmóvil, con los brazos abiertos y la pistola todavía empuñada.

Paul se levantó de un brinco. Se acercó al desconocido, le colocó el pie sobre la muñeca armada y apretó. El otro se movió débilmente. Inclinándose, le quitó la automática. Era una pistola del 32 y el silenciador había sido adaptado a ese calibre.

Crane retrocedió unos pasos y cerró la puerta con llave. Luego encendió un cigarrillo y tomó asiento en el diván. El tocadiscos automático seguía desgranando las cadenciosas melodías que Doria había seleccionado.

Paul fumó todo el cigarrillo sin que el tipo diera señales de vida. Al fin, apagó la colilla en otro cenicero, recogió el de cristal y, tras esto, se agachó al lado del caído. Agarrándolo por los cabellos, levantó su cabeza. Estaba inconsciente.

Gruñó, disgustado. Con un esfuerzo, le dio vuelta, dejándolo de cara al techo. Por primera vez tenía la oportunidad de averiguar quién quería su vida y no iba a desaprovecharla.

Volvió al diván y siguió fumando cigarrillos, mientras veía hincharse la frente del criminal como resultado del golpe.

Estaba a mitad del segundo cigarrillo cuando el hombre parpadeó. Se quejó y barbotó algo incomprensible. Finalmente, miró a su alrededor hasta descubrir a Paul. Éste le contemplaba con rostro inexpresivo.

—Levántate —ordenó.

El asaltante consiguió sentarse en el suelo. Pero se tambaleó y estuvo a punto de derrumbarse de espaldas otra vez. Todavía estaba aturdido y pasaría tiempo antes de que recobrase todas sus facultades.

Era un tipo grande y fuerte, de rostro brutal y ojos diminutos que no brillaban ni siquiera con la luz que los hería directamente. Su cara no reflejaba expresión alguna, excepto la de aturdimiento.

—Ya puedes imaginar lo que voy a hacer contigo —le dijo Paul, con calma, balanceando la 32 como si fuera un juguete.

—No puedes hacer nada. No te conviene entregarme a la policía porque tendrías que dar demasiadas explicaciones sobre tu pasado. Tampoco puedes matarme, porque no te sería posible librarte del cuerpo…, y tú no eres como yo. Tienes una fachada respetable y te interesa conservarla.

—¿Has pensado todo esto tú solo?

El otro bamboleó la cabeza. Sus ojos apenas podían mantenerse abiertos.

—Quiero que me digas quién te ordenó matarme.

El otro movió la cabeza negativamente, con mucho cuidado, como si temiera que fuera a desprendérsele del tronco.

—No puedo —balbució.

—Y el nombre del que te puso en contacto con él. Porque tú no eres de aquí…, te han traído de fuera.

—No…

—Te han «importado».

—No —repitió.

—Vas a decírmelo ahora mismo. Y de paso veamos también cuál es tu propio nombre.

—Olvídalo.

—Bien, será un poco más largo, pero acabarás por decírmelo. Puedo ser muy rudo si me obligas.

—¡Vete al infierno!

Paul se encogió de hombros. Casi con el mismo movimiento, golpeó al asesino con la pistola. El golpe le dio en un lado de la cara, tirándolo de espaldas otra vez.

—¡Levántate!

El tipo obedeció, aunque le costó no pocos esfuerzos.

—Siéntate en esa silla.

A trompicones, hizo lo que le ordenaba. Desde allí miró con el ceño fruncido al hombre que debía haber asesinado. Lo que vio no debió gustarle nada porque hizo una mueca.

Un hilillo de sangre se deslizaba por su mejilla, bajaba por el cuello y desaparecía bajo la camisa. El golpe había acabado de aturdirlo.

Paul repitió:

—Vas a decirme los nombres ahora. Puedo hacerte mucho daño si me obligas.

—No sé nada. No diré nada.

—Bueno. Quítate el cinturón.

—¿Qué?

—¡Quítate el cinturón!

Lo hizo, dejándolo caer al suelo. Paul se colocó a sus espaldas y le amarró las manos con el cinturón, apretando con tanta fuerza que el cuero se hundió en la carne.

Tras esto, utilizó una corbata para atarle los tobillos, y otra para sujetar éstos a la silla, inmovilizándolo. Después le metió un pañuelo en la boca y le cerró ésta con una tira de cinta adhesiva.

—Tú lo has querido.

Fue a la cocina y regresó con un cuchillo. Dijo, mientras le quitaba los zapatos al tipo:

—Alguien debiera haberte avisado de que no se puede jugar conmigo. Pero te engañaron como a un estúpido… Apuesto que te dijeron que iba a ser un trabajo fácil…

Lo dejó descalzo. Blandió el cuchillo ante los aterrorizados ojos del asesino.

—Voy a preguntarte si estás dispuesto a decirme esos nombres. Por cada negativa tuya te cortaré un dedo del pie. Tienes diez dedos. Diez oportunidades de quedar cojo para el resto de tus días, suponiendo que vivas mucho.

El hombre empezó a sudar. Su frente se perló de transpiración y trató de decir algo, pero la mordaza se lo impidió. Sus ojos se desorbitaron, fijos en el cuchillo de mortal aspecto.

—¿Cómo te llamas?

La seca pregunta le hizo parpadear. Entonces movió la cabeza de arriba abajo.

Paul le arrancó la cinta brutalmente. El hombre intentó quejarse,

pero el pañuelo se lo impidió. También le libró de ese impedimento.

El asesino tartamudeó:

—Me llamo Luke Smalley…

—¿Seguro?

—Ése es mi verdadero nombre. Puedes creerme.

—¿Quién te pagó?

—Jerry Murphy.

—Nunca he oído ese nombre. ¿Quién es?

—Todo lo que sé es que tiene un bar, o algo así, en la carretera de Utica.

—Lo comprobaré. ¿Quién te mandó a él?

—Bill Cohen.

—¿Cohen, el de Detroit?

—El mismo.

—¿Sabía él que el trabajo consistía en matarme a mí?

—Claro que lo sabía. Murphy se lo dijo.

—Muy bien. ¿Qué debías haber hecho después de matarme?

—Decirle a Murphy que el trabajo estaba terminado y que todo había salido bien.

—Harás eso exactamente. Desde este teléfono.

—¡No, Crane, me matas!

—Te mataré si no lo haces; así que elige.

—Mira, ellos me liquidarán en cuanto sepan que sigues vivo, después que yo haga la llamada. ¿Qué alternativa me queda? Morir ahora o más tarde…

—Puedes largarte de la ciudad, o del país, si se te antoja. No lo sé. Ni me importa.

Llama a Murphy o empezaremos con el trabajito en los pies.

Smalley se estremeció. Luego dictó un número con voz ronca, que Paul se encargó de marcar. Después escuchó por el auricular hasta oír una voz que decía:

—Murphy al habla…

Apoyó el auricular sobre la oreja de Smalley. Éste carraspeó para aclarar su voz y anunció:

—Ya está hecho, señor Murphy. —Se oyó aquella voz con acento apremiante—. No, ningún contratiempo. Todo ha salido bien. Sí…, bueno. Adiós.

Paul depositó el auricular en la horquilla.

—Ahora dime dónde puedo encontrar a Murphy. Si está junto al teléfono es que se halla en su casa.

—El número siete de Maroma Road, en Long Island. Es una calle corta cerca del mar.

—¿Es allí adonde pertenece este número?

—Sí.

—¿Estás seguro? Puede tratarse del teléfono del bar, en la carretera de Utica.

—No. El dijo que aguardaría en su casa. Tiene un encargado que le lleva el negocio de la carretera.

—Bueno.

Le libró de las ataduras, apartándose un paso y sosteniendo la pistola en la mano.

—Ahora puedes largarte, pero no te conviene dar la alarma. Si avisas a Murphy sabrá que le has mentido, que has fracasado. No te irá bien para la salud.

—¿Crees que no lo sé? Me has convertido en un condenado a muerte. Todo lo que puedo hacer es largarme lo más lejos posible.

—Justamente. Vete ya.

—Escucha, estoy sin dinero. No iba a cobrar por el trabajo hasta después de hacerlo…

—¡Largo!

Smalley se acercó a la puerta, limpiándose la sangre del rostro con su pañuelo. Abrió y salió sin volver la cabeza.

Paul fue detrás de él y de nuevo cerró con llave. Ya no quería más sorpresas.

CAPÍTULO III

Paul detuvo el auto a un lado de la carretera y contempló el gran rótulo de neón que anunciaba el parador. No era un simple bar, ni siquiera uno de esos restaurantes que abundan a los lados de las autopistas, sino un parador con todos los servicios y varias cabañas desperdigadas entre los pinos.

De modo que aquél era el negocio de Murphy. Debía ser un buen negocio, pero no el único de un tipo capaz de contratar a un asesino. Los ingresos de Murphy, los «grandes ingresos», forzosamente debían proceder de algún otro tinglado ilegal, aunque el parador sirviera de pantalla.

Paul Crane encendió un cigarrillo. Era curioso que hubiera abandonado la organización de Henry Hogan, desentendiéndose de los asuntos turbios, y que precisamente entonces estuvieran obligándole a luchar con todos los rudos medios que conocía y que había deseado olvidar definitivamente.

Y por encima de todo esto flotaba el inquietante «¿por qué?».

Estuvo más de una hora vigilando el parador, pero no pudo advertir el menor movimiento inusitado. Si había manejos turbios detrás de Jerry Murphy, tales negocios no se relacionaban con el que estaba espiando.

Había pensado atacar a Murphy desbaratándole sus fuentes de ingresos, pero empezaba a pensar que debería usar métodos más directos. Encendió el motor y regresó a la ciudad sin dejar de cavilar sobre lo mismo.

Eran las dos y media de la madrugada cuando detuvo el convertible en las proximidades de la residencia de Murphy, en Long Island. Dejó el coche y recorrió el resto del trayecto a pie.

La casa era lujosa y recién construida. La rodeaba un jardín de

regulares proporciones, bien cuidado y sin valla de separación. Un lugar agradable para vivir, respetable como el barrio en que estaba enclavado.

Atravesó el jardín y tanteó las ventanas. Estaban cerradas y no ofrecían oportunidad alguna para colarse por ellas. Igualmente, la puerta principal era inviolable, a menos de armar un escándalo para forzarla, de modo que Paul rodeó la edificación, buscando la parte posterior.

Descubrió un espacioso garaje. Había dos coches dentro, ambos lujosos. Después probó la puerta de aquel lado. Era sólida y estaba cerrada, pero no así una ventana, cuyo cristal subió sin un chirrido. Paul se coló al interior, pisando como un gato. Una pequeña linterna eléctrica le sirvió para orientarse y no tropezar con los muebles.

Empuñaba la 32 del asesino frustrado. Era un arma lo suficientemente grande para meter el miedo en el cuerpo de cualquiera.

Recorrió dos habitaciones vacías, atisbo lo que era una cocina y al fin se acercó a una puerta cuyo tirador emitió un leve ruido al girarlo. La abrió y paseó el rayo de la linterna por el dormitorio.

Dio un respingo al descubrir el cuerpo tirado en el suelo, al lado de la cama. Entró y cerró la puerta a sus espaldas. No había visto nunca a Jerry Murphy, pero no le cupo duda que era el tipo que estaba allí, a sus pies.

Representaba unos cuarenta años, tenía escaso cabello y una nariz ganchuda, de ave de presa. Alguien le había disparado dos tiros desde muy cerca y no cabía duda que estaba muerto.

Paul se guardó la pistola, corrió las cortinas de la ventana y encendió la luz del techo.

Dio un vistazo a su alrededor. Todo parecía ordenado, sin señales de lucha.

Sobre la cama había una camisa blanca, todavía plegada; una corbata gris y unos pantalones de un traje también gris, aunque más oscuro. El cadáver llevaba unos pantalones de color marrón y estaba en camiseta. Le habían matado mientras se cambiaba de ropa para salir.

Paul Crane buscó la americana de color marrón. Estaba en el respaldo de una silla. Registró los bolsillos. Contenían un paquete

de tabaco, cerillas, doscientos dólares en billetes de veinticinco, un llavero con cuatro llaves y la cartera. Examinó ésta, viendo la documentación completa de Jerry Murphy, incluyendo su permiso de conducir.

Volvió a dejarlo todo tal como estaba. Sentíase torpe con sus manos enguantadas y la cartera casi le resbaló. Tras esto, examinó rápidamente los cajones de los muebles, pero excepto un revólver del 38, no encontró nada interesante.

Su esperanza de obligar a Murphy para que le dijera por cuenta de quién había ordenado su muerte se esfumó. El hilo se había roto y estaba otra vez como al principio. No cabía pensar que Cohen, en Detroit, supiera una palabra del asunto. Su trabajo se limitaba a proporcionar asesinos profesionales a quien los solicitaba y tenía garantías suficientes.

Ahogando una maldición, se encaminó a la puerta y apagó la luz. Entonces, en alguna parte de la casa, sonó el timbre de un teléfono.

Se detuvo un instante. Luego, orientándose por el sonido, encontró el aparato y lo descolgó. Habló con voz forzada.

—Murphy al habla —dijo, recordando la frase que oyera horas antes.

—¿Jerry?

Era una voz aguda e impersonal. Al fondo de la voz sonaba la música de una orquesta.

No le pareció un disco.

—Sí —continuó con la misma voz—. ¿Desde dónde llamas?

—Vaya pregunta… Del Vagabundo, por supuesto.

Sintió una corriente de hielo subirle por la espalda. The Vagabond era el *cabaret* de Henry Hogan…

Entonces, su comunicante pareció advertir algo raro y exclamó:

—¡Jerry! ¿Me oyes?

—¡Claro que sí!

—Me parece que… ¿Cuál es mi nombre?

—¿Eso es todo lo que se te ocurre? Dime por qué me has llamado y acabemos.

—Mi nombre —insistió el otro—. Así sabré que estoy hablando con Jerry Murphy.

No había escapatoria a esta situación, así que Paul colgó el

auricular suavemente. Su mente era un torbellino.

De vuelta al coche, permaneció unos minutos inmóvil, dándole vueltas a lo que le inquietaba. De nuevo los sucesos señalaban el *cabaret* de Hogan. Y Paul conocía lo suficiente a Henry para saber que nadie era capaz de organizar nada en su establecimiento sin que él lo supiera. Y si eso era así, no cabía más que una respuesta a la inquietante pregunta.

Pero Henry Hogan no tenía nada contra él… ¿O sí? Estaba enterado de todos sus negocios ilícitos. Personalmente, había organizado el «juego de los números», y eso podía ser peligroso para Hogan si hablaba más de la cuenta…

Aunque jamás habríale traicionado.

Se alejó de aquella vecindad un tanto preocupado. ¿Por qué habían matado a Murphy precisamente aquella noche, horas después que el asesino hubiera revelado su identidad? Tal vez precisamente para que Murphy no hablase si caía en sus manos…

Pero eso indicaría que alguien más estaba enterado del fracaso del criminal. O quizá Smalley había soltado la lengua antes de emprender la fuga…

Desconcertado, condujo hasta su apartamiento, comprobó que la puerta quedaba cerrada con llave y se acostó. Por una noche ya era suficiente.

* * *

Terminaban de cenar cuando Paul inquirió:

—¿Qué sucede, Doria? Estás preocupada. ¿Ha surgido alguna dificultad para tu separación?

—No…

—Bueno, dime qué te preocupa por lo menos. Ella esbozó una sonrisa. Luego murmuró:

—David ha subido la cantidad estipulada. Quiere más dinero para acceder a mi libertad.

—¡Maldito sea! Déjamelo a mí. Lo arreglaré de una vez por todas.

—¡Oh, no, Paul! Le daré el dinero, por supuesto. La cantidad que exige ahora, y le obligaré a firmar un documento para que no pueda volverse atrás.

—Pero…

Ella le atajó con un ademán.

—No me preocupa que haya pedido más dinero, sino lo que eso demuestra acerca de ese miserable. Me enfurece haber estado casada con él…

—Pero con esa táctica puede seguir exigiendo más y más cada vez que hable de este asunto. Es mejor que me lo dejes a mí, querida. Yo le obligaré a entrar en razón y…

—Puse como condición para casarme contigo que abandonases a Hogan. No voy a dejar que ahora emplees la violencia con nadie. Quiero vivir en paz… contigo.

—No lo conseguiremos hasta que le haya sentado los puntos a ese bastardo.

—¡Paul!

—Está bien, lo siento. ¿Qué vas a hacer, pagar?

—Naturalmente.

—¿Y si ha cambiado de idea nuevamente y te exige más dinero?

—No lo hará porque le obligaré a firmarme un documento que…

—Sí, eso está muy bien, pero si tiene la idea que puede sacarte más y más cada vez, no firmará. ¿No te das cuenta que está sondeando sus posibilidades? Cuanto más débil te muestres, más se crecerá… Es un gran inconveniente que seas una mujer rica, cariño.

—Mi dinero no importa en lo nuestro, pero, verdaderamente, es un estorbo a la hora de librarme de David…

Si hubiese sabido conocer la clase de hombre que era…, antes de dejarme embaucar, quiero decir.

—Ya no tiene remedio. Pero ahora debes mostrarte enérgica y mandarlo al infierno si vuelve a exigir más. Dale a entender que no estás dispuesta a soltar más dinero. En caso necesario, intervendré yo…

—Ya te he dicho que no habrá violencia en este asunto. En todo caso, mis abogados se harán cargo de todo. Me han asegurado que con los antecedentes de David puedo separarme de él sin pagarle nada.

—¡Demonio! ¿Por qué no lo haces, si es cierto?

—Porque un proceso de esta clase llevaría mucho tiempo, ¿entiendes? Demasiado tiempo para esperar… tú y yo.

—Comprendo.

Hizo una seña y el camarero trajo la cuenta. La abonó, encendió otro cigarrillo y ayudó a Doria a colocarse sobre los hombros el ligero abrigo de primavera. Tras esto abandonaron el restaurante.

Cuando ya el coche estuvo rodando por las calles, Paul hizo un esfuerzo para librarse de las preocupaciones y exclamó:

—Te cedo el mando, cariño. ¿A dónde quieres ir?

—¿Qué te parecería el Vagabundo? Se puso rígido.

—Creí que detestabas ese lugar…

—Odio a su propietario —rectificó Doria, sonriendo—. Pero el club me gusta. Y sus atracciones, también. En eso, Hogan tiene excelente gusto.

—Está bien, te he cedido el mando.

Aceleró y cambió de rumbo. Una vez más, una voluntad que no era la suya le señalaba el *cabaret* da Henry Hogan.

CAPÍTULO IV

Acababan de servirles la botella de champán cuando Hogan se materializó al lado de la mesa.

—Por cuenta de la casa —advirtió, alegre—. Había apostado conmigo mismo una botella a que tu adorada te mantendría lejos de este lugar por el resto de tus días…

Doria le dedicó una mueca.

—Intento mantenerlo alejado de usted, Hogan, no de su establecimiento.

—Bueno, he perdido la botella. Y ahora, ¿puedo decirte que estás más bella cada vez que te veo?

—Ya lo ha dicho. Paul rió.

—Perro y gato, como siempre. ¿Cuándo actúa tu bailarina, Henry?

—Tardará veinte minutos todavía. No creo que la guste a Doria… La muchacha se levantó.

—Voy a empolvarme la nariz. Y se alejó, dejándoles solos.

Hogan tomó asiento, divertido.

—¿Qué le habré hecho yo, Paul? —se lamentó—. En realidad, la adoro, y ella lo sabe. Maldición —exclamó sin violencia—. Si no estuvieras tú enamorado de ella, creo que…

—Olvídalo o te encontrarás con las narices en la nuca.

—Sí, ya veo…

—¿Quién es Luke Smalley, Henry? —Le disparó de sopetón. Hogan arrugó el ceño.

—¿Luke Smalley? No creo que conozca a nadie de ese nombre… ¿O debo conocerlo?

Realmente, tú sabes quiénes son mis amistades casi tan bien como yo mismo…

—Olvídalo.

—¿De dónde has sacado ese nombre?

—Creo que está relacionado con los tipos que trataron de liquidarme la otra noche.

—A propósito: leí la noticia del accidente en el periódico. Había tres tipos en el coche. También encontraron dos revólveres en su poder, aunque a ellos no pudieron identificarlos a causa del fuego.

—Apuesto que eran forasteros… De Detroit, quizá.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Una corazonada.

Hogan le miró con el ceño fruncido. No pareció muy satisfecho al ver la expresión de su antiguo aliado.

—Me gustaría saber qué tienes entre ceja y ceja —masculló—. Te conozco bien, Paul, y sé que hay algo que no marcha. Y no me refiero sólo al atentado.

—Quizá te lo cuente otro día. Esta noche he venido a divertirme.

El regreso de Doria cortó la conversación. Hogan abandonó la silla y, tras despedirse, se alejó, sorteando las apretadas mesas.

La muchacha dijo:

—Ese hombre me produce escalofríos, Paul. No comprendo cómo le consideras poco menos que inofensivo.

—Yo no he dicho nunca que sea inofensivo. En realidad, es peligroso si se le obliga a luchar. En cuanto a que no te guste, eso es otro asunto, aunque, después de todo, no es tan malo como imaginas.

—¿No?

El sonrió.

—Olvidémosle —propuso—. Esta noche es nuestra. Alargó la mano y tomó la de ella. Doria susurró:

—Debe ser algo sensacional, Paul…

—¿De qué estás hablando?

—De la nueva bailarina. Había dos mujeres en el tocador comentando el éxito que tiene…

—La vi la otra noche, cuando estuve hablando con Henry. Es una mujer que sabe lo que hace.

Ella le miró con un brillo divertido en sus pupilas.

—Según los comentarios que he oído, lo hace todo con una túnica.

—Bueno…, y con lo que hay debajo de la túnica también.

Ella se rió. Bebieron después de brindar en silencio. Aquellos minutos fueron un sedante para Crane, al permitirle olvidar por completo la amenaza que pendía sobre él y las dudas que anidaban en su mente con respecto a Henry Hogan.

Así llegó el momento de la actuación de Sara Diamond y, al igual que la otra vez que la viera, la misma tensión silenciosa se extendió por el local al apagarse las luces y quedar solo el reflector del centro.

Fue una completa sorpresa para Doria, que no esperaba la espectacular aparición de la bailarina al surgir de la momentánea oscuridad. Luego permaneció prendida de sus giros entre asombrada y divertida.

Paul dedicó más tiempo a la contemplación del bello perfil de Doria que a admirar a la Diamond. No obstante, acabó por dedicarle también parte de su atención cuando, siguiendo con su actuación, se acercó a su mesa girando vertiginosamente.

Hubo un instante en que sus ojos se encontraron. Los de la bailarina eran verdes y brillaban inusitadamente por la excitación de la danza. Luego, la mirada verde cayó sobre Doria, y de ella regresó hacia Paul.

A éste le pareció advertir que la danzarina les dedicaba más atención de la normal.

Incluso prolongó más tiempo del debido su proximidad a aquella mesa.

Después, cuando se alejó, Doria dijo en un susurro:

—La has impresionado, querido.

—Te equivocas. Era a ti a quien miraba, amor. Apuesto que siente envidia de tu belleza…

Ya no hablaron más porque el número llegaba a su fin, y con él el instante culminante. La túnica se desprendió, hubo un remolino rosado en medio de la pista y, repentinamente, el foco se apagó.

Al encenderse las luces, y mientras estallaba la tempestad de aplausos, Doria comentó:

—Comprendo que los hombres se entusiasmen, Paul… Es una mujer muy bonita.

—Me pregunto por qué se habrá interesado por nosotros —rezongó.

—Supongo que no creerás que la has impresionado *con* tu atractivo masculino —rió la muchacha.

—Nos miraba a los dos. Quizá nos conoce, o cree conocemos… Bien, al diablo con eso.

Tenemos que vaciar esa botella, cariño.

Dejaron que la noche se deslizara dulcemente para ellos. Bailaron una y otra vez, embriagados de felicidad al estar uno en brazos del otro. Todo era perfecto y ni una sombra enturbiaba su alegría.

Entonces, un camarero se acercó discretamente.

—Le llaman al teléfono, señor Crane… En las cabinas, ya sabe. Paul acompañó a Doria hasta la mesa.

—Perdóname un minuto —se excusó—. No comprendo quién puede telefonearme aquí.

—No tardes, Paul.

Se encaminó adonde estaban las tres cabinas públicas. El teléfono estaba descolgado en la de en medio. Lo tomó y se dio a conocer.

Una voz desconocida dijo:

—¿Paul Crane?

—Sí.

—Creo que le interesará saber que Luke Smalley ya no volverá a intervenir en nuestro asunto.

Los nervios le dieron una sacudida.

—¿Qué sabe usted de Smalley?

—Usted lo trató muy mal, pero nosotros lo hemos tratado peor. Claro que eso no importa mucho… Otros ocuparán su lugar.

—¿Me ha llamado sólo para decirme eso?

—Justamente. La próxima vez no tendrá usted tanta suerte. Buenas noches, señor Crane.

—¡Oiga, espere!

Escuchó el chasquido de la comunicación al ser cortada. Depositó el auricular en el aparato y ahogó una maldición.

De manera, pensó, que eran varios. El tipo había dicho «nosotros». Todavía resultaba más incomprensible.

Antes de regresar a la mesa, pensó en lo insólito de aquella llamada. No creía en lo absurdo. Y era ilógico por completo el hecho de que le pusieran en guardia si se disponían a atacarle.

De lo que no cabía duda era que estaban enterados del fracaso de Luke Smalley y de que le habían hecho pagar su fallo.

Cuando volvió al lado de Doria se esforzó por borrar de su rostro todo rastro de la preocupación que le embargaba. Hizo cuanto estuvo en su mano para que ella no advirtiera nada anormal, y siguieron bailando y bebiendo, y diciéndose sin palabras que se amaban mientras dejaban pasar las horas dulcemente.

CAPÍTULO V

Paul conocía al teniente Scherman desde que ambos vestían pantalón corto. Habían crecido juntos en la misma calle a espaldas del Bowery, y juntos asistieron a la escuela primaria. Después, sus caminos se separaron y cada uno emprendió una vida distinta. Scherman, como guardián de la ley, y Paul, bordeando continuamente el lado peligroso de esa misma ley, saltándosela algunas veces.

El teniente había intentado a menudo atraerse a Paul para convencerlo de lo arriesgado de su conducta, pero finalmente había acabado por desistir de su inútil empeño, dejándolo que siguiera su camino.

Por todo eso, Paul no se sorprendió aquella mañana al ver al policía ante su puerta, cuando la abrió.

—Entra —dijo—. Estaba preparándome café. Lo tomaremos juntos.

Fred Scherman era de su misma edad, aunque algo más bajo. Sin embargo, la envergadura de sus hombros y la dureza de sus rasgos hablaban de su fuerza y decisión.

—¿Estás solo? —preguntó el teniente, internándose en el apartamento.

—Completamente. ¿Quién suponías que estaba conmigo?

—Nadie en particular. Tal vez alguna mujer.

—Eso pasó a la historia, viejo. Voy a casarme.

—Eso he oído decir. Me sorprende mucho en ti…

Desde la cocina, Paul se echó a reír ante aquel comentario. Poco después aparecía, trayendo dos grandes tazas de café negro, que dejó sobre la mesa, sentándose frente a su antiguo amigo.

—Y ahora, polizonte, será mejor que hables claro. Tú no has

venido aquí solo por cortesía.

—Estás en lo cierto. —Probó su café, se abrasó la boca y soltó la taza con un gesto brusco—. La verdad es que estoy aquí en mi calidad de oficial de policía.

—Es lo que pensaba. ¿Qué se supone que he hecho esta vez?

—Empecemos por el principio. Sé que te has separado de Hogan. ¿No te gustaba el negocio de las apuestas y de los «números»?

—Me iba muy bien —rió Paul—. Pero a ella no le agradaba ese sistema de vida.

—¿Ella?

—La mujer con la cual voy a casarme.

—Ya veo. ¿Qué opinó Hogan sobre eso?

—No le quedó otro remedio que aceptarlo filosóficamente.

—Hogan será todo lo que quieras menos un filósofo. Mi idea es que no le gustó tu deserción.

Paul se encogió de hombros. Tomó su taza y bebió el café a pequeños sorbos, sin apartar su mirada de la cara del policía.

—No fue una deserción —dijo—. Nos separamos amistosamente.

—Lo cual no deja de ser sorprendente.

—Al grano, Fred —le apremió Paul—. No dispongo de toda la mañana.

—Bien, al grano. Hemos recibido un aviso anónimo respecto a ti.

—¿Un anónimo?

—Ni más, ni menos.

—Yo creía que los policías no hacían el menor caso de los anónimos. Alguien me dijo cierta vez que, indefectiblemente, iban a parar a la papelera.

—Es cierto, pero ese del que te hablo me interesó particularmente, a causa de que tu nombre figuraba en él.

—¿Te importaría mucho que yo le diera un vistazo, Fred?

—Eso no es posible. Está guardado cuidadosamente en nuestra caja fuerte.

—Ya veo… Pero, por lo menos, podrás decirme qué contiene, ¿no?

—Seguro. En el anónimo se nos informa de que tú fuiste el causante de que un coche se despeñara. Hubo tres hombres muertos en ese accidente.

—¿Has podido identificarlos?

—Todavía no. Te confieso que no son «clientes» de nuestro archivo.

—¿De manera que vienes a acusarme de haber provocado un accidente que costó tres muertes…?

—No es mi intención acusarte… todavía. Pero hay algo más en ese escrito, Paul…

¿Conoces a alguien llamado Luke Smalley?

—Creo que he oído ese nombre otra vez.

—No me cabe duda de que conoces ese nombre. Es más, estoy seguro que lo viste en alguna ocasión.

—Es posible. Pero ¿qué pasa con el tipo; también me acusan de haberlo despeñado?

—Smalley no puede acusarte de nada porque está muerto.

—De modo que es eso. ¿Me culpan a mí de haberlo despachado?

—Así es. Por otra parte, Smalley llevaba tu nombre y dirección anotados en un trozo de papel. Habían sido escritos por otra persona, ya que la letra no corresponde a la de él.

—¿Y qué con eso?

Scherman se encogió de hombros.

—Quiero una explicación, Paul —dijo—. De hombre a hombre, sin tapujos. O de amigo a amigo, si lo prefieres.

—Francamente, Fred, no te comprendo. Sólo porque un chiflado resentido manda una carta anónima, tú te apresuras a sacar conclusiones. Ya imagino que te gustaría poder echarme el guante y llevarme a ese cuarto destartalado donde efectúas tus interrogatorios.

—Por eso estoy aquí: para evitar dificultades y escándalo. Dime, Paul, ¿conociste a Smalley?

—Sí.

El policía suspiró.

—Bien, ya hemos adelantado un paso. ¿Cuándo y dónde trabaste conocimiento con Smalley?

—Aquí, en mi apartamento.

—¿Vino a verte él?

—Eso es. Al final me vi obligado a echarlo fuera.

—Bien, ¿por qué vino aquí?

—Su intención era llenarme de plomo. Me limité a quitarle semejante insensatez de la cabeza y le dejé marchar.

—Así de sencillo; le dejaste ir después que tú mismo reconoces que intentó matarte.

—No podía entregarlo a la policía. No había pruebas. Pero puedo decirte que salió de aquí con algunos desperfectos. Temo que me mostré excesivamente rudo con él.

—Quizá lo fuiste tanto que te pasaste de rosca, matándolo…

Paul suspiró, íntimamente satisfecho de haber escapado a la trampa que se había abierto ante él.

—Salió por su propio pie —dijo—. No he vuelto a saber de él desde entonces.

—Ya volveremos a hablar de eso. Dime algo de los tipos del coche que se despeñó.

—Ahí es donde pierdes el tiempo. Todo lo que sé sobre eso es lo que he leído en los periódicos.

—Hemos reconstruido lo que sucedió en la carretera, ¿sabes? —prosiguió el policía, como si no le hubiera oído—. Las marcas dejadas por los neumáticos nos han ayudado mucho. Hubo dos coches. Uno frenó violentamente en plena curva, deteniéndose. Entonces apareció el «Cadillac» con los tres hombres. También debía llevar una gran velocidad, porque sus neumáticos dejaron unos surcos profundos y claros. Pero no pudo esquivar el obstáculo que representaba el coche detenido en medio de la carretera y se precipitó al abismo.

—Una aventura emocionante, al parecer.

—Debió serlo —masculló Scherman entre dientes—. ¿Sabes lo que hemos supuesto nosotros? Que esos dos coches se perseguían. El «Cadillac» podemos considerarlo como perseguidor. Sus hombres iban armados. Disparaban contra su perseguido, por supuesto…

—¿Y qué? Todo eso es una demostración de tu portentosa imaginación.

—Bueno, tú mismo acabas de decirme que un tipo llamado Smalley ha venido aquí con la intención de liquidarte. Quizá ésos de la carretera lo intentaron primero y también fracasaron… A propósito: ¿Por qué Smalley tenía intenciones homicidas respecto a ti?

—Alguien le pagó para matarme, aunque él no sabía quién era el tipo. Smalley vino desde Detroit sólo para acabar conmigo.

—El coche que se despeñó llevaba matrícula de Detroit, Paul.

La voz suave del teniente puso un tanto nervioso a Crane, quien dijo:

—Coincidencia. ¿Qué otra cosa puede ser?

—No creo en las casualidades. Escucha, Paul. No pienso acusarte de nada, pero necesito saber la verdad. Hay algo que todavía no te he dicho. Quizá cambies de manera de pensar.

—Estás lleno de sorpresas esta mañana, Fred.

—He averiguado que cambiaste el parabrisas de tu descapotable. El viejo estaba convertido en una criba. Tenía varios agujeros de bala…

—Me preguntaba cuándo sacarías a relucir eso, viejo.

—No intentes esquivar. ¿Te hicieron los agujeros en la carretera?

—Tú ganas. Sí, ese maldito «Cadillac» me persiguió. Todo sucedió como tú lo has expuesto.

—Así que lo han intentado varias veces. ¿Por qué, Paul?

—Te juro que me gustaría mucho saberlo a mí también…

—Debe existir un motivo para que corran tantos riesgos para quitarte de en medio…

¿Estás seguro que Hogan no desea cerrarte la boca? Tú estás enterado de la mayoría de sus negocios sucios. Puedes hundirlo en cuanto te lo propongas.

—No sabes de lo que estás hablando. Henry nunca, se pondría contra mí hasta ese extremo.

—Se me antoja un exceso de confianza por tu parte, Paul… Hogan no es más que un pistolero con suerte.

—Estás en un error. Nunca lleva armas, y sus matones sólo actúan en el club. Por otra parte, Henry confía en mí ciegamente.

El policía se levantó. No cesaba de escrutar el rostro inexpresivo de Paul Crane, sin que pudiera sorprender en él una sola expresión de inquietud.

Paul le imitó, plantándose ante él.

—¿Es necesario que los periódicos publiquen esos detalles? —preguntó.

—¿Desde cuándo te vuelves tan quisquilloso con lo que digan los diarios? Mi deber es informar a los reporteros. No tengo ninguna razón para ocultarles la verdad.

—No quiero que mi nombre salga en letras de molde. Voy a

casarme y a emprender una vida nueva. ¿Crees que un escándalo ahora vendrá a facilitarme las cosas?

—Quizá pueda evitarse que tu nombre aparezca en el informe que se facilitará a la Prensa, pero no te prometo nada. Además, quiero que vengas a mi despacho y firmes una declaración ratificando todo lo que acabas de decirme.

Paul estuvo conforme y prometió asistir aquella misma tarde. Luego acompañó al policía hasta la puerta. Allí se detuvo.

—Voy a decirte algo más, Fred, sólo para evitarme trabajo inútil. Smalley, después que le hube convencido para que hablase…

—Cosa que no debió resultar fácil.

—Fue muy difícil, por supuesto. Bien, él dijo que había recibido instrucciones de un tipo de nombre Jerry Murphy… ¿Has oído hablar de él alguna vez?

—Seguro. Es un bastardo escurridizo al que me gustaría poder pillar con las manos en la masa para meterlo donde debe estar.

—¿Dónde vive?

—No lo sé, pero lo averiguaré.

Se cerró la puerta y Paul quedó solo. Estaba seguro que Scherman se llevaría una gran sorpresa cuando fuera a interrogar a Murphy…

CAPÍTULO VI

No pudo ver a Doria en todo el día, porque ella le dijo que iba a estar muy ocupada con Sus abogados, preparando el documento para su divorcio; no obstante, quedaren de acuerdo en que la pasaría a buscar alrededor de las siete de la tarde.

Aprovechó para presentarse en la oficina del teniente Scherman. Redactó una nueva declaración, la firmó y tras esto el policía dijo:

—¿Nadie ha intentado liquidarte otra vez, Paul?

—No.

—Murphy no tuvo tanta suerte. Le mataron, ¿sabes?

—¿Jerry Murphy?

—El mismo de quien tú me hablaste. Si era él, el interesado en matarte, la amenaza ha desaparecido.

—No podía ser Murphy. No nos conocíamos y no podía tener nada contra mí. El actuaba por cuenta de alguien más.

—Si era así, no podrás hacerle cantar.

—No, pero sea quien fuere que está detrás de todo esto, lo intentará otra vez.

Entonces le echaré el guante…

—Y después, ¿qué?

—Bueno, se supone que deberé entregarlo a la policía y lo haré. Aunque me ocuparé de que no quede en muy buenas condiciones físicas cuando lo tenga en mi poder.

—Aguarda un segundo, Paul…

—Sí, ya sé; no debo tocarlo si se presenta. He de limitarme a llamarte, a ti o a cualquier otro polizonte, para que acudan a detenerlo. Pero quizá padezca un momentáneo ataque de amnesia.

El teniente gruñó:

—Muy bien, hazlo, adelante; tú mismo me darás las armas

necesarias para encerrarte, cosa que debió ser hecha hace mucho tiempo. Eso, en vísperas de tu boda, será muy divertido.

Paul se levantó de la silla. Estaba serio, pero había un brillo burlón en sus pupilas oscuras.

—Has estado deseándolo desde hace años, ¿verdad, Fred? Bien, no desesperes.

Giró sobre los talones y abandonó el despacho sin que el teniente hiciera nada por impedirlo.

Anduvo cabizbajo hacia el aparcamiento donde había dejado el coche. No le preocupaba más de la cuenta la actitud del policía. En realidad, esa especie de escaramuzas habían venido sucediéndose desde varios años atrás. Era la oculta amenaza que pendía sobre su cabeza lo que le sacaba de quicio, al no saber nunca en qué momento descargarían el próximo zarpazo, ni quién lo haría… ni por qué.

Pasó el día inquieto, impaciente. Se daba cuenta que sus nervios estaban cada vez más tirantes, como los de un animal acorralado presto a defenderse a dentelladas de sus enemigos. Sólo que él no tenía la menor idea da quiénes eran éstos.

Sólo cuando las manecillas del reloj se acercaron a la hora en que había quedado citado con Doria su humor cambió, y cuando detuvo el auto frente a la casa de la mujer estaba de nuevo dispuesto a sonreírle a la vida nueva que ella abriera ante su futuro.

Le franqueó la puerta una sirvienta negra que ya conocía, una mujer de blanquísima dentadura y sonrisa fácil.

—La señora no está en casa, señor Crane —le anunció—. No ha vuelto desde que salió por la mañana.

—La esperaré.

Entró a la pequeña salita que ya conocía. Hacía licores sobre una mesita y se sirvió un *whisky*, dejándose caer en una butaca tratando de imaginar a qué lugar la llevaría aquella noche.

A las siete y media su impaciencia comenzó a trocarse en inquietud. Más todavía permaneció sentado, bebiendo y consumiendo un cigarrillo tras otro.

Media hora más tarde se levantó de un brinco, impulsado por la alarma ante la inexplicable ausencia de Doria.

Trató de recordar si ella le había dicho alguna vez el nombre de sus abogados; con la intención de llamarlos y averiguar a qué hora

se había separado de ellos, pero se dio cuenta de que ni siquiera sabía quiénes eran.

Inquieto, se dirigió al pequeño estudio-biblioteca y dio un vistazo a los papeles de la mesa escritorio. Tomó la libreta de direcciones y fue pasando las hojas hasta, que halló una anotación que rezaba:

Everard-Abogados

Había un número de teléfono y se apresuró a marcarlo, a pesar de saber que en las oficinas ya no habría nadie a semejantes horas.

No obstante, le respondió una voz femenina, profesional, que preguntó con quién deseaba comunicar.

—Con los abogados Duncan y Everard —exclamé.

—Las oficinas están cerradas. Le habla el servicio de recepción. Puede dejarnos su recado para pasarlo a primera hora de la mañana, señor.

—Es urgente que me ponga en contacto con cualquiera de los dos. ¿Tiene usted su teléfono particular?

—¿Se trata de un asunto profesional?

—Es más importante que todo eso. ¿Qué pasa, es un secreto de estado el número de sus casas?

—Éste es un edificio de oficinas, señor. Tenemos instrucciones concretas de no pasar comunicaciones profesionales a nuestros clientes fuera de las horas de oficina.

Paul deseó tener a aquella mujer al alcance de sus manos.

—¡Muy bien! —gritó—. Es un asunto privado, estrictamente privado.

Hubo un silencio. Se imaginó a la encargada de la centralita dudando entre complacerle o mandarle al diablo. Finalmente, la voz dijo:

—Deme su nombre y número de teléfono. Consultare con el señor Duncan y le llamaré con la respuesta.

Estuvo a punto de echarlo todo a perder con una sarta de juramentos.

No obstante, legró contenerse, dio su nombre y el número del teléfono de Doria, y luego añadió:

—¡Dígale que se trata de Doria Rosenfeld!

No hubo respuesta y colgó. Pasaron diez eternos minutos antes

que el teléfono diera señales de vida, pero al descolgarlo la voz sin inflexiones dijo:

—El señor Duncan consiente en hablar con usted. Tome nota de su número.

Dio la sensación de que el abogado le concedía un gran favor accediendo a escucharle. Rechinando los dientes, Paul marcó el número y oyó la voz bien modulada de un hombre, al que interrumpió en medio de su primera frase.

—Mi nombre es Paul Crane. Tal vez Doria le haya hablado de mí alguna vez.

—En efecto, pero no comprendo la urgencia de su llamada…

—¿A qué hora ha salido ella de su oficina?

—¿Se refiere a Doria Rosenfeld?

—¡Condenación! ¿A quién si no? ¡Claro que me refiero a ella!

—Debe haber una confusión, señor Crane. La señora Rosenfeld no nos ha visitado hoy.

En realidad hace dos días que no la veo.

Desconcertado, Paul creyó que no había oído bien.

—Escuche —dijo apresuradamente—. Ella pensaba acudir hoy a su oficina para redactar un documento relacionado con su demanda de separación. Al mismo tiempo deseaba tratar sobre los trámites más urgentes de ese divorcio. Me citó a las siete, pero son más de las ocho y todavía no ha regresado a su casa. ¿Está seguro que no ha estado en su despacho?

—Sé muy bien las visitas que recibo al cabo del día —rezongó el abogado—. La señora Rosenfeld no está entre ellas en lo que respecta al día de hoy.

—¿No puede haber hablado con su socio sin que usted lo sepa?

—Imposible. Además, soy yo personalmente quien lleva los asuntos de esa señora.

—Ya veo…

—Tenga la amabilidad de llamarme cuando sepa algo de ella. Ha conseguido usted despertar también mi inquietud. Buenas noches, señor Crane.

Colgó sin esperar respuesta, y Paul hizo lo mismo con ademanes mecánicos, absorto en su inquietud.

Llamó a la sirvienta. También la negra parecía nerviosa, y a su primera pregunta explicó:

—La señora pensaba regresar antes de las seis. Me dijo que tuviera el baño a punto, y un vestido que me indicó. Pero no ha venido —terminó innecesariamente.

Paul se contuvo a duras penas.

—Está bien. Sé que el señor Rosenfeld ocupa un piso fuera de aquí, desde hace algún tiempo. ¿Sabe usted la dirección de ese apartamento?

—Sí, señor.

Le dio las señas y le siguió con la mirada cuando se encaminó a la puerta como una tromba.

Una Vez en la calle pensó que quizá estaba comportándose como un estúpido. Doria podía haber sufrido un accidente, o quizá hubiera olvidado la hora de su cita…

Pero eso no era posible. Doria era puntual, y había dado instrucciones precisas a su doncella acerca de la hora que pensaba volver. Un accidente quizá…

También cabía la posibilidad de que hubiera decidido discutir personalmente con David los pormenores de la separación y la cantidad definitiva, en cuyo caso era posible que siguiera con él tratando de obtener lo que tanto ansiaba. Decidió comprobarlo antes de lanzarse tras la pista de los hospitales.

El apartamento que ocupaba el marido de Doria estaba en la cumbre de un edificio de nueva planta, lujoso y con todo el aspecto de estar fuera del alcance de la inmensa mayoría de mortales. Subió en un ascensor de marcha vertiginosa y llamó a la puerta con impaciencia.

En los primeros momentos creyó que no respondería nadie. Luego, alguien se acercó por el otro lado y una voz preguntó, con evidente contrariedad:

—¿Qué pasa, quién está ahí?

—Abra, Rosenfeld. Necesito hablarle.

—¿Sí? Estoy muy ocupado.

—¡Abra o echo la puerta abajo!

—¡Vaya, hombre…!

Una llave giró en la cerradura. Al abrirse la puerta, un hombre alto y delgado quedó enmarcado en el umbral. Era la primera vez que Paul veía al marido de la muchacha y no le gustó en absoluto.

Era un tipo bien parecido, de expresión vacua y ojos vivos.

Parecía fuerte y en aquellos momentos estaba dispuesto a demostrar que allí estaba en terreno propio.

—¿Quién infiernos es usted? —Gruñó, cerrándole el paso.

—Me llamo Crane. ¿Está Doria con usted?

Una mueca burlona apareció en el pálido rostro del hombre.

—De modo que usted es mi sustituto. Bien, Bien… ¿No quiere pasar? Tenía ganas de conocerlo.

Paul entró mirando a su alrededor con los nervios tensos. Detrás de él, David Rosenfeld dijo:

—¿Le gusta? Es una buena cueva, ¿eh?

—Muy costosa…, aunque eso no debe preocuparle mucho, supongo.

—¿Por qué habría de preocuparme? —Paul advirtió que dirigía una mirada hacia una puerta cerrada. Luego, apartó los ojos de allí para fijarlos con insolencia en la cara de su visitante.

—No lo imaginaba así —dijo—. Doria no ha demostrado muy buen gusto esta vez.

—Si está impaciente porque le rompa los dientes siga así. ¿Dónde está Doria?

—¿Y viene a preguntármelo a mí? Es gracioso… Yo creía que no se apartaba de usted en ningún momento, impulsada por su romántico amor…

El puño derecho de Paul subió como una flecha y estalló en el mentón del hombre. David dio una voltereta y aterrizó sobre la alfombra con estrépito.

—Le advertí —gruñó Crane—. Cuando yo hago preguntas quiero respuestas.

Rosenfeld se levantó con dificultad. Estaba aturdido, pero había un brillo peligroso en su fría mirada.

—Inténtelo otra vez y le arrojaré por la terraza a la calle. ¿Quién demonios se cree que es?

—Una vez más, sanguijuela; ¿dónde está?

—¡No lo sé! ¿Qué le hace creer que puede haber venido aquí?

Sin responder, Paul se acercó a la puerta cerrada. Detrás de él, David dio un grito tratando de detenerlo, pero cuando el dueño del apartamento le alcanzó, él ya había abierto aquella puerta, viendo que correspondía a una habitación amueblada como un confortable *living.*

Sintió la mano de Rosenfeld sujetarle por un hombro intentando que retrocediera. Pero no pudo evitar que Paul viera a la mujer que se levantaba del diván con una expresión de alarma en su rostro sugestivo.

Pero no era Doria.

La que tenía delante lucía una cabellera rubia y corta, y su indumentaria era más bien precaria. Había interrumpido una escena de amor sin habérselo propuesto.

La mano que le sujetaba le obligó a dar la vuelta. David barbotó:

—¡Maldito sea usted, hombre!

Descargó un furibundo puñetazo, pero Paul lo esquivó saltando hacia atrás. No quería luchar, sino hacerle unas preguntas a aquel aprovechado individuo, pero el ataque despertó su ira y aguardó la siguiente acometida con los puños cerrados y el cuerpo un poco inclinado hacia adelante.

Si David, además de bien parecido y ambicioso, hubiera sido inteligente, habría sabido darse cuenta que aquél era un mal enemigo, entrenado en la más dura escuela de lucha que existe, la mismísima calle de un barrio suburbial. Pero estaba ciego de furor y no apreció las señales de alarma hasta que ya fue demasiado tarde.

Primero saltó sobre el intruso, golpeando con los dos puños. Un seco trallazo al estómago le detuvo como si hubiera tropezado con una pared. Se tambaleó, pero enseguida volvió a la carga.

Consiguió que uno de sus golpes diera de pleno en el cuello de su rival. Paul jadeó y retrocedió unos pasos. Oyó la ahogada exclamación de la mujer.

Enardecido por aquel momentáneo éxito, David se precipitó sobre él disparando una catarata de golpes poco eficaces, pero que obligaron a Paul a ponerse a la defensiva en espera de su oportunidad.

Y ésta se le presentó a causa precisamente del ciego furor que impulsaba a su enemigo. Hizo una finta que desconcertó a David, quien vaciló una fracción de segundo. Fue suficiente para que se cambiaran los papeles. Paul le descargó un terrible mazazo en el plexo solar que lo dobló por la mitad como una navaja. En esa postura, le envió una serie de golpes cortos al rostro que lo enderezaron, y un último y demoledor impacto lanzó nuevamente al hombre sobre la alfombra dando tumbos.

Miró a la muchacha. Se había levantado, pero no parecía asustada, sino más bien divertida, o excitada por la pelea, como si el espectáculo de la violencia colmase todas sus ansias.

David logró ponerse de rodillas, jadeando. Vio las manchas de sangre en la alfombra y se frotó la boca. Pareció muy disgustado cuando vio que su mano se ensuciaba también de sangre.

—Levántese —mascullló Paul—. Podemos continuar así hasta que le haga pedazos, sanguijuela.

El otro se puso de pie con evidente dificultad. Tenía el labio superior partido y algunos dientes flojos. Su aspecto ya no era agradable ni mucho menos.

Ciego de ira, Paul le dejó que se acercara lo suficiente y entonces le mandó un directo al rostro respaldado por todo el impulso de su cuerpo. Fue un golpe capaz de dejar fuera de combate a un peso pesado.

David no tenía la fortaleza de un boxeador ni mucho menos. Salió proyectado hacia atrás y sus ojos giraron en las órbitas. Fue a caer a los pies de la rubia, que ni siquiera se movió excepto para contemplarlo con ojos desapasionados.

—Se acabó —dijo en un susurro.

Se pasó la lengua por los labios, retrocedió y volvió a sentarse en el diván sin apartar los ojos del agresivo visitante.

Éste preguntó:

—¿Desde cuándo está usted aquí?

—Bueno…, desde las cinco poco más o menos.

—¿Han estado solos desde entonces?

—¿Usted qué cree? No necesitábamos compañía precisamente… Aunque ha sido divertido, ¿sabe?

—¿Alguien ha llamado por teléfono en todo ese tiempo?

—No… Oiga, ¿qué significa todo este lío?

—Pregúntele a él cuando despierte.

—Presumo que cuando lo haga no se sentirá con deseos de conversar… Creo que voy a vestirme y a largarme de aquí ahora mismo.

Paul se encogió de hombros, giró sobre los talones y abandonó el apartamento con la angustia atenazándole el corazón.

CAPÍTULO VII

Eran las once de la noche cuando terminó de recorrer los hospitales. No había el menor rastro de Doria.

Sabiendo que realizaba un viaje inútil, se dirigió otra vez a casa de la muchacha, sólo para oír de labios de la sirvienta negra que su ama continuaba sin aparecer.

Paul comenzó a desesperarse. Apenas sin advertirlo se dirigió al *cabaret* de Henry Hogan. No sabía a dónde ir ni a quién acudir en aquellos momentos, y la idea de meter a la policía en el asunto, sin saber exactamente qué había sucedido, no le seducía.

Tampoco sabía qué esperaba que hiciera Hogan, pero la vieja amistad se impuso y, a solas en el despacho, le contó sus inquietudes y la pelea sostenida con David Rosenfeld.

Hogan hizo una mueca de disgusto.

—No dudo que ese individuo se había ganado un vapuleo, pero escogiste un mal momento. ¿Qué sospechas que haya sucedido en realidad, muchacho?

—No sé qué pensar. Pueden haberla raptado, ¿no crees? Ella no se hubiera marchado a ninguna parte sin avisar.

—Nunca sabe uno lo que hará una mujer ante una situación determinada. Pero si tú estás en lo cierto, ¿por qué supones que la han secuestrado?

—¿Cómo puedo saberlo? Tal vez exigirán un rescate. O de lo contrario…

—¿Sí?

Paul se estremeció.

—Pienso si no habrán decidido atacarme por ese 2ado al ver que fracasaban al tratar de eliminarme.

Hogan frunció el ceño.

—Raptándola a ella no te liquidan a ti, muchacho. Y esos tipos, sean quienes sean, quieren tu vida, no cabe duda. ¿Vas a dar cuenta a la policía?

—No lo sé. He estado hablando con Fred Scherman.

—¿Tu amigo polizonte? —Hogan rió sin alegría.

Paul le refirió lo sucedido con el teniente. Después, el propietario del *cabaret* masculló:

—El rapto es un delito federal, ¿has pensado en eso?

—Sí. Intervendría el FBI, pero si hacen investigaciones sobre mí no creo que se sientan muy satisfechos.

—Bueno, nunca has sido procesado. Trabajabas conmigo, organizaste el juego de los «números», pero eso se hace en todas partes. Créeme, Paul; acude a la policía, no me gusta nada el aspecto de todo esto.

—¿Tú crees?

Hogan se encogió de hombros, preocupado.

—Haré que todos los soplones de la ciudad intenten averiguar si alguien sabe algo de un rapto, pero ya sabes que ése es el delito que menos rastros deja entre los chivatos. No creo que obtengamos nada.

—De todos modos, inténtalo.

Henry salió del despacho. Paul encendió un cigarrillo y arrojó el paquete vacío a la papelera. Se dio cuenta de cuánto amaba a aquella mujer. Su mente era un caos de angustia incontenible.

Hogan regresó con expresión hosca.

—Lo intentarán —dijo—. Pero no debes fundar demasiadas esperanzas en esa pandilla. Los secuestradores son gente muy lista.

Paul se paseó de un lado a otro.

—¿Quién, condenación, quién? —estalló.

—Cálmate. Es indudable que alguien tiene mucho interés en matarte. No se me ocurre ninguna razón para que quieran hacerlo, puesto que si fuera una venganza por algo que hubieras hecho mientras trabajaste conmigo, lo lógico sería que los tiros fueran dirigidos a mi organización, no a ti personalmente… Si esos tipos son los que tienen a Doria darán señales de vida muy pronto.

—¿Para pedir rescate?

Hogan le miró larga y escrutadoramente.

—No lo creo —dijo—. Más bien opino que utilizarán a Doria

como cebo, ¿entiendes? Crane se detuvo en sus paseos. Sus ojos relampaguearon.

—Ya veo… La vida de Doria a cambio de la mía…

—Algo así…, pero Doria no es una criatura. Debes tenerlo en cuenta, muchacho.

—No la dejarán escapar aunque acaben conmigo porque podría identificar a los asesinos…

—Eso es. Pero recuerda que estamos haciendo castillos en el aire. Todavía puede aparecer…

—Ni tú mismo crees eso, Henry.

Éste fue a sentarse detrás de su mesa escritorio. Desde el local, amortiguada por la distancia, les llegó la música que preludiaba la actuación de Sara Diamond…

Hogan comentó, distraído:

—Su primera aparición de la noche…

Paul trató de imaginarse a la bailarina en la pista. Recordó que tan sólo la noche antes había presenciado aquel número en compañía de Doria y sintió un escalofrío. Al mismo tiempo, se sorprendió de lo poco que le importaba entonces su vida. Ya no se trataba de eludir a sus asesinos, sino que ansiaba verlos aparecer porque ellos le llevarían hasta Doria… si en realidad las sospechas de Hogan eran ciertas.

Cuando estalló la tempestad de aplausos abajo, Hogan comentó:

—Esa chica me está haciendo ganar más dinero que todas las otras atracciones juntas… Paul buscó en sus bolsillos hasta que recordó que había terminado el tabaco. Tomó un cigarrillo del paquete de Henry y lo encendió. En aquel momento, un teléfono de comunicación interior emitió un corto y ronco timbrazo.

El propietario del *cabaret* atendió la llamada. Tras escuchar unos segundos gruñó:

—¿Viene solo? Bien, que suba, ya conoce el camino. Colgó, entrecerró los ojos y anunció:

—Tu compañero de escuela está aquí, Paul.

—¿Scherman?

—Ahora sube.

El teniente entró y se detuvo al ver a Paul. Trató de sonreír sin conseguirlo.

—Creí que habías dejado la organización de Hogan, muchacho.

—Y lo hizo —mascullo Henry—. Perdí el mejor colaborador que haya tenido jamás. Entre y siéntese, teniente.

El policía avanzó, pero se detuvo al advertir la ceñuda expresión de Paul Crane.

—¿Qué sucede aquí, disgustos «comerciales»? Lamento haber interrumpido.

—No corra tanto. Paul y yo no disputamos jamás. Está preocupado por otra clase de negocios.

—¡Cierra la boca! —Gruñó Paul.

Scherman le miró con curiosidad. Luego trasladó su mirada hacia Henry, quien se encogió de hombros. Dijo:

—Siéntese. ¿Visita oficial?

—Sólo en parte.

—Adelante. Siempre colaboro con la policía si no perjudican mis negocios.

El teniente frunció el entrecejo. Esta vez consiguió una sonrisa completa cuando dijo:

—Hogan, es usted el bribón más grande que pisa esta ciudad. Pero también es condenadamente listo y sabe dónde debe detenerse…

—Me halaga su opinión.

—No haga que la cambie ahora.

—¿Por qué habría de hacerlo?

Tras una pausa, el teniente mascullo:

—¿Sabe usted? Si en lugar de vivir ahora, hubiera tenido usted edad suficiente en los años treinta, Hogan, habría sido uno de los más peligrosos «gángster» de la historia…

—¿A qué viene todo esto? No entiendo una maldita palabra.

—Hemos estado vigilándole a intervalos y usted lo sabe. Jamás nos fue posible pillarle con algo lo bastante sólido con que presentarlo a un jurado… Bueno, no me quejo. Supongo que en una ciudad como la nuestra los tipos como usted son necesarios. A la gente le gusta apostar y por lo que sé, usted juega limpio…

—Como siga así hará que me ponga a llorar, teniente —se burló Hogan, echándose hacia adelante en el escritorio—. Todos esos preámbulos hacen que me sienta más inquieto a cada momento.

—Usted conocía a Jerry Murphy.

Fue una frase seca, afirmativa. Hogan ni siquiera parpadeó.

—Había oído hablar de él. Un escurridizo lobo solitario, ¿no?

—Sí, y alguien salió a cazar lobos. Le metieron dos plomos en el cuerpo.

Scherman encendió un cigarrillo. Hogan dirigió una mirada a Paul. Lo vio quieto, escuchando, y el brillo que chispeaba en sus ojos no le gustó en absoluto.

—De manera que lo liquidaron… Bueno, no creo que haya que declarar un día de luto nacional precisamente.

—No, más bien un día festivo… Sólo que Murphy parece ser que tenía estrecha relación con usted, Hogan, a pesar de que dice que sólo había oído hablar de él.

Esta vez, Hogan se echó atrás con evidente asombro.

—Alguien le ha tomado el pelo, teniente. Nunca tuve ningún trato con Murphy.

—Está mintiendo. Murphy tenía su número de teléfono anotado en la página de teléfonos de uso frecuente. Por otra parte, tenemos noticias de que se comunicaba con el *Vagabond* casi todos los días.

—Esas noticias son falsas. Me gustaría saber qué pretende con esta sarta de idioteces. Hogan empezaba a perder la calma. Paul lo advirtió y aguzó la atención.

Scherman exhaló una bocanada de humo antes de añadir:

—Murphy se daba el lujo de tener una asistenta, una mujer que le cuidaba la casa. Ella le oyó hablar con alguien de este tugurio distintas veces. Incluso cuando era ella la que atendía la llamada, oía la música de la orquesta.

Hogan estaba tenso, pero al oír eso se echó atrás y sonrió.

—Ahora es cuando ha dicho usted algo «verdaderamente» interesante, polizonte —exclamó—. Murphy podía comunicar con alguien de aquí… Un cliente con toda seguridad.

—¿Sí?

Hogan señaló el teléfono que estaba encima de la mesa.

—Por «mi» teléfono no es posible oír a la orquesta, aunque esté tocando a todo pulmón. ¿Se da cuenta? Las conversaciones de Murphy debieron desarrollarse con cualquier cliente, desde las cabinas públicas de abajo.

Scherman sonrió.

—Ya digo yo que es usted condenadamente listo, Hogan… De modo que desde las cabinas.

—Justamente desde allí.

—Cuando usted está abajo, en el salón, vigilando el espectáculo, y alguien le llama por teléfono, ¿utiliza los de las cabinas o se toma la molestia de subir aquí, con todas esas malditas escaleras de por medio?

—Hay una centralita automática. Cuando salgo del despacho, desconecto este aparato y automáticamente las llamadas se producen abajo…, pero no recuerdo haber hablado desde una cabina hace más de un mes.

Paul recordó la llamada telefónica que se produjo en casa de Murphy, estando él allí. Pero no pronunció una palabra a causa del policía, ya que de haberlo hecho habría sido tanto como declarar su silencio tras el descubrimiento del cadáver.

El teniente se echó el sombrero hacia la nuca. El cigarrillo le colgaba de los labios, humeando suavemente.

—Puede apuntarse un tanto, Hogan —dijo—. Ese lío del teléfono le coloca a salvo…, porque yo tenía mis ideas respecto a usted.

—¿Qué clase de ideas? Miró a Paul. Sonrió.

—¿Le ha hablado su exsocio de los atentados de que ha sido víctima?

—Sí.

Scherman se dirigió a la puerta.

—Nunca había visto que el miembro de una organización como la suya pudiera separarse de ella sin que sucediera nada, Hogan.

Abrió la puerta. Antes que pudiera salir, Paul exclamó:

—Espera un momento, Fred.

Se volvió. Advirtió la expresión inquieta de Hogan, pero éste estaba mirando a Paul.

—¿Qué se te ha ocurrido?

—Fred… preciso tu ayuda. La necesito desesperadamente.

Scherman cerró la puerta y retrocedió. Había una expresión perpleja en su rostro.

—¿De qué estás hablando? Eres uno de los tipos más rudos que conozco… y me pides ayuda. ¿Han atentado otra vez contra ti acaso?

—No.

—Ya que has empezado, suéltalo todo de una vez —gruñó Hogan. Scherman estaba cada vez más intrigado.

—¿Bueno…? —Se impacientó.

—Doria ha desaparecido, Fred.

—¿Doria? ¡Oh, diablo! ¿Qué quieres decir con eso de que ha desaparecido?

—Exactamente eso. Temo…, temo que esté en poder de los tipos que tratan de liquidarme.

—Ya veo… Un cambio. ¿Es eso lo que insinúas?

—Pudiera ser…

Le contó todo lo que había sucedido desde el momento que ella no acudió a la cita, incluyendo su pelea con David Rosenfeld.

—¿Creíste que él la había raptado? —rezongó al policía.

—No, pero pensé que quizá estaba reteniéndola hasta que consiguiera sacarle una gran suma de dinero.

—Pero él estaba en compañía de una chica ligera de ropa, ¿no es eso?

—Sí, y estaban juntos desde las cinco.

—Eso lo descarta. No queda más que lo que has dicho antes…

—¿Qué crees que podemos hacer? Tras una pausa, Scherman murmuró:

—Sólo esperar. *Y* dar cuenta a los federales, por supuesto. Es asunto suyo.

—No.

—¿Cómo que no?

—Si ella está en poder de una cuadrilla, la matarán tan pronto adviertan que se ha dado la alarma. Primero quiero saber con exactitud a qué atenerme.

—Puedo retener el caso ocho o diez horas. Después no podré hacer nada, Paul… Es una responsabilidad enorme para cargar con ella.

—Sé lo que quieres decir, pero espero que se te ocurra algo para el caso de que yo esté en lo cierto y quieran que vaya a buscarla… para matarnos a los dos.

—Esparciré coches equipados con radio por toda la ciudad, y pondré un «chivato» en tu auto…

—¿Un qué?

—Un aparato que emite impulsos radioeléctricos. Nosotros los podemos seguir incluso desde una distancia de diez millas. Si te piden que acudas a una cita irás en tu coche y nosotros te

seguiremos, envolviendo por completo el área del encuentro. ¿Está bien?

—Creo que es mejor eso que nada…

—No obstante, deberíamos llamar a los federales. Ellos poseen más medios que nosotros, y más experiencia en estos casos.

—Todavía no, Fred. Cuento contigo.

—Está bien, muchacho…, voy a disponerlo todo sin armar alboroto. Pero si esos tipos quieren comunicarse contigo lo harán en tu apartamento, no aquí…

—Ahora mismo me iré, pero ya me telefonearon una vez abajo…, pero eso no importa ahora. Date prisa, Fred. Ya conoces mi coche. Lo dejaré estacionado en el callejón lateral de mi casa.

El policía salió sin siquiera despedirse de Hogan. Éste comentó:

—Ese tipo es el único polizonte con el que haría buenas migas. Creo que si algo se puede hacer en este asunto él lo hará.

Paul le miró, como si despertara de un sueño.

—¿Qué? —dijo—. Oh, sí, tienes razón.

Hogan se levantó al ver que se encaminaba a la puerta.

—¡Eh, un momento! Quiero saber qué sucede, Paul… llámame a intervalos, ¿conforme?

—Lo haré. Y antes que me vaya, Henry. Lo del teléfono de Murphy es cierto. Le llamaban desde las cabinas. Yo recibí la última de esas comunicaciones.

—¡Maldita sea! Y no lo dices hasta ahora…

—No podía contarlo delante de Fred, porque yo descubrí el cadáver de Murphy. Fue mientras estaba allí que llamó el teléfono y lo tomé. Un hombre hablaba desde abajo, pero colgó cuando advirtió que yo no era el dueño de la casa.

—Ya veo… Si ese bastardo y sus compinches organizaban cualquier negocio sucio desde aquí… Bueno, creo que voy a tener que limpiar un poco el local, tú sabes…

Salió del despacho detrás de Paul y bajaron juntos las escaleras. Al separarse abajo, el muchacho vio que Hogan llamaba a los dos atléticos matones que cuidaban del orden en el local…

CAPÍTULO VIII

Al llegar al pasillo oyó el timbre de su teléfono. Corrió a la puerta y entró sin preocuparse de cerrarla, pero antes que pudiera descolgar el auricular el aparato enmudeció.

Volvió atrás y cerró con llave. Se quitó la chaqueta, escanció medio vaso de *whisky*, al que añadió hielo, y fue a sentarse al lado del teléfono tratando de razonar con calma.

Realmente, jamás creyó que pudiera quererse a una mujer coa la intensidad que amaba a Doria. Se había convertido en parte de sí mismo, como si hubiese entrado en su sangre. Y ese amor aumentaba la angustia de aquellos instantes de forzada inactividad, esperando no sabía qué y con la terrible incertidumbre acosándole a medida que el tiempo transcurría sin noticias de la muchacha.

Había terminado el *whisky* y la boca le ardía del incesante consumo de tabaco, cuando el teléfono cobró vida produciéndole un vivo sobresalto.

—¡Crane al habla! —gritó.

—No sacarás nada con dejarte llevar por los nervios, muchacho —comentó la voz del teniente Scherman—. Sólo quería decirte que está todo listo. El «chivato» se pondrá en funcionamiento tan pronto insertes la llave de contacto. De todas formas, trata de no correr demasiado, a fin de facilitar las cosas a mis hombres, ¿comprendido?

—Seguro.

—¿Ninguna noticia todavía?

—Nada en absoluto. Esto es insoportable, Fred… ¿A qué esperan?

—No me lo preguntes a mí —rezongó el policía—. Tal vez esperan a que la tensión te ponga al borde del frenesí. Cualquiera

sabe. Si estás tan desesperado que no razones con sentido común les será más fácil llevarte a donde puedan matarte con más seguridad.

—Ya veo…

—Tómalo con calma, Paul. Tengo seis coches equipados debidamente circulando continuamente por toda la ciudad. Tan pronto oigan la señal de tu auto saldrán en tú seguimiento manteniéndose a distancia prudente.

—¿Has pensado que esos bastardos pueden tener espías a lo largo del recorrido que me señalen? Si descubren que llevo una cola semejante precipitarán la muerte de Doria para borrar todo rastro.

—No advertirán nada. Esos coches no llevan distintivo alguno. Nadie podría relacionarlos con la policía.

—Bueno, eso me tranquiliza un poco.

—Ahora cuelga, por si se les ocurre llamarte. Ya no volveré a utilizar el teléfono, Paul, de modo que a partir de este momento todo depende de ti.

Colgó. Sentía un ligero alivio al pensar que tendría a toda aquella fuerza policíaca respaldándole si llegaba el caso, pero eso no disipó en modo alguno la angustia por la suerte que Doria pudiera haber corrido.

Al fin, el cansancio y la tensión nerviosa le vencieron y quedó amodorrado, con la cabeza caída sobre el pecho y respirando con agitación. Fue de nuevo el timbre del teléfono lo que le hizo dar un salto.

En esta ocasión, la voz que le habló era desconocida para él. Se adivinaba forzada, como si hablara a través de un obstáculo puesto ante el auricular.

—Escúcheme bien, Crane —dijo el desconocido—. A estas horas ya sabe que su querida Doria no regresará a su lado… a menos que acepte usted las instrucciones que voy a darle…

—¡Al grano, hijo de perra! ¿Dónde está ella?

—Cerca de mí…, puedo verla con toda su radiante belleza un poco marchita a causa de las incomodidades.

—¡Si le ha hecho usted el menor daño le haré pedazos!

—No dudo que le gustaría hacerlo, pero eso va a ser muy difícil, porque ella es mi mejor parapeto. Bien, la cuestión es ésta, Crane. ¿Está dispuesto a seguir mis instrucciones?

—No me queda otra solución, creo yo.

—Así es. Tiene una oportunidad de salvar a Doria. —Ya imagino cuál es.

—Venga a por ella…

—Seguro. ¿A dónde?

—Calma. Usted cree que le atraigo para matarlo, ¿eh? Bien, no le oculto que me gustaría hacerlo…, pero los negocios son antes que el placer. Venga aquí, convenza a su adorada para que haga lo que le diremos y podrán largarse los dos… veinticuatro horas después de que lo hagamos nosotros.

—Déjese de discursos. Acudiré de todas formas si con ello he de salvar a Doria.

—Muy bien, recibirá las instrucciones pertinentes a su debido tiempo.

—¡Eh! ¿Por qué no ahora?

—Porque todavía no estamos preparados. Sólo quería asegurarme de que usted colaboraría…, sin dar la alarma. Meta a la policía en esto y ella lo pagará.

—Nada de policía…

—Entonces, espere nuestra comunicación.

—¿Por teléfono?

—Le gustaría saberlo, ¿no es cierto?

—¡Un momento! Quiero asegurarme de que ella está viva y bien antes de aceptar ningún trato.

—Bueno…

—¿Me oye? Acérquela al teléfono. Su voz será suficiente para mí.

—Un momento.

Hubo una serie de ruidos, y luego la voz vibrante de angustia de Doria exclamó:

—¡Paul, Dios santo, Paul…!

—¡Doria!

—¡No vengas, Paul…!

Oyó un golpe sordo y el teléfono quedó mudo. Un frío de muerte le invadió. Ella había gritado en el último instante que no acudiera…, lo cual indicaba sin lugar a dudas que conocía la suerte que les aguardaba. No obstante, iría hasta el mismísimo infierno si con ello tenía una sola probabilidad de sacar a la muchacha del aprieto.

* * *

Se encontraron en uno de esos tugurios que no cierran en toda la noche, frecuentado por ratas de muelle, desplazados y vagabundos. La presencia de los dos hombres despertó inmediatos recelos, pero cuando los vieron sentarse a una mesa y ensimismarse en su conversación dejaron de preocuparse por ellos.

Paul masculló:

—Te juro que ella estaba aterrorizada. Pude darme cuenta por su voz. El teniente asintió con un gesto.

—Es lógico —gruñó—. La tienen prisionera, y seguramente sabe ya la suerte que le espera cuando te echen el guante a ti. Pero lo importante, Paul, es que todavía está viva. Opino que la mantendrían así hasta el último momento, porque a esos tipos les interesa que, en caso que tú vaciles al final, la seguridad de que ella vive y de que existe una probabilidad de sacarla del apuro acabe de decidirte.

—Eso no es ningún consuelo para mí, por cuanto no sé qué le estarán haciendo… Y todo por nada… No lo comprendo, Fred; ¿por qué quieren mi vida?

—Eso no estoy en situación de aclarártelo, muchacho.

—Además, ¿por qué tantas demoras?

—Hay varias razones para semejante proceder. Primero, que cuanto más tiempo dure esa angustia que te consume más fácilmente caerás en sus manos y menos dificultades tendrán para manejarte. Segundo, tal vez esperan refuerzos.

—¿Qué?

—Está demostrado que todos los hombres de acción que han utilizado hasta ahora han sido «importados» de Detroit, lo cual indica que aquí sólo está el cerebro organizador de tu caza. Podemos dar por sentado que Murphy fue el encargado, al principio, de facilitar la gente precisa. Bien, tuvieron que matarlo después de que el pistolero lo delató, de modo que ahora quien sea que ha tramado todo esto ha de valerse por sí mismo…

—Ya veo… No parece un hombre de acción precisamente. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Exactamente. Ha conseguido apoderarse de Doria, pero no ignora que hacer lo mismo contigo es mucho más difícil, de modo

que ha solicitado algunos matones profesionales a la misma fuente de que se surtió Murphy. Cuando esos tipos lleguen, tú recibirás las instrucciones.

—Creo que tienes razón. Y eso me desconcierta más todavía, Fred. Todos los individuos que pueden tener algo contra mí como resultado de mi actuación al lado de Hogan son capaces de manejar un asunto como éste por sí mismos…

—No nos devanemos los sesos inútilmente. La iniciativa debe partir de ese fulano, sea quien fuere… A propósito, ¿has pensado en la relación de todo esto con el *cabaret* de Hogan?

—No… Y no quieras hacerme creer que él está involucrado en el rapto porque te diré que estás loco. Hogan no se metería en un asunto de esta clase ni por un millón.

—Alguien lo ha hecho por mucho menos… y sabemos que daba instrucciones a Jerry Murphy desde ese maldito *cabaret*. Eso es indiscutible.

Paul no replicó, dejándose llevar por el desaliento. Scherman se levantó y acercóse al mostrador para traer dos vasos mediados de *whisky*. Rezongó al depositarlos sobre la mesa:

—Imagino que este veneno será capaz de perforar una plancha de acero, pero no se puede pedir más en un agujero como éste…

Probó un sorbo y maldijo entre dientes al sentir el ardor del alcohol de mala calidad en la garganta. Paul, absorto en su terrible dilema, apenas si advirtió la detestable clase de lo que engullía.

Tras un silencio, gruñó, levantándose:

—Voy a telefonear a Hogan.

—¿Por qué, qué esperas que haga él?

—Dio instrucciones a sus innumerables soplones. Cualquiera de ellos puede haber captado alguna noticia…

—Lo dudo, pero no pierdes nada con intentarlo.

Se encerró en la cabina y estableció comunicación con Henry Hogan. Pero a su pregunta, éste dijo con desaliento:

—Nada, Paul; ninguno ha podido oír nada hasta ahora. Ni siquiera el menor rumor de que se hubiera perpetrado un rapto… Es como si no se hubiera cometido para lo que afecta a ellos. Un tanto raro, porque ya sabes lo sensibles que son estos ambientes.

—Está bien, Henry. Ya te veré.

—Llámame si averiguas algo…

—Todo lo que sé es que la tienen, y quieren que vaya a por ella, tal como habíamos calculado que harían.

—De modo que es así…

Colgó sin más comentarios. No estaba de humor para hablar con su amigo respecto al asunto.

Regresó al lado de Scherman con el ceño fruncido.

—Se me ha ocurrido que estos tipos pueden tener la idea de sacar provecho de esta situación, Paul.

—¿Qué quieres decir?

—No cabe duda que su principal objetivo es quitarte de en medio. Por la razón que sea, quieren tu vida. Muy bien. ¿Qué beneficio les reportará liquidarte?

—Ninguno que yo sepa. Debe tratarse de una venganza.

—De acuerdo. En principio, aceptemos que sea así. Pero eso les reportará unos gastos importantes. En realidad, ya debe haberles costado una pequeña fortuna con los pistoleros que trajeron de Detroit. ¿Me sigues?

—Adelante. Creo que ya veo a dónde vas a parar.

—Demos por sentado que se han gastado mucho dinero en traer a esa gente. Ahora es casi seguro que han «importado» algunos más, lo cual significa más gastos. ¿Por qué no van a tratar de recuperar ese dinero y ganar algo al mismo tiempo que acaban contigo?

—Tú quieres insinuar que intentarán arrebatarle el dinero a Doria…

—Justamente. Según tú mismo has dicho, te han asegurado que os dejarán en libertad cuando tú hayas convencido a la muchacha de algo determinado. ¿Por qué no, de que pague un fuerte rescate? Naturalmente, una vez dueños del dinero se librarán de los dos, puesto que ésa es su verdadera intención desde un principio.

—Creo que tienes razón… Pero ¿cómo averiguarán la cantidad en metálico que pueden exigir, y, lo que es más importante, cómo piensan cobrarla? Los Bancos son un tanto reacios a pagar cheques por grandes sumas sin un endoso en regia.

—Ahí es donde quizá vayan a correr más riesgos… Por la mañana haré unas discretas averiguaciones. ¿En qué Banco tiene ella sus cuentas principales?

—No lo sé, nunca se me ha ocurrido hablar de eso con Doria.

—Mal hecho —ironizó Scherman—. Debes comenzar a

preocuparte de su dote… Bien, ya me enteraré —terminó, levantándose.

Paul le imitó. Al estrecharse las manos para salir por separado preguntó:

—¿Cuánto tiempo crees tú que tardarán en darme instrucciones?

—No más de doce a catorce horas. No pueden tirar demasiado de la cuerda sin correr el riesgo de que se rompa. Te pondrán al borde del desespero, pero no más allá por si pierdes los estribos y pides ayuda al FBI. Esa gente dan la sensación de ser muy listos. Ya te llamaré, Paul.

Salió, hundiéndose en la noche de los barrios bajos como una sombra más.

CAPÍTULO IX

Paul comprobó que en lo concerniente al tiempo, Scherman se había equivocado rotundamente. No fue hasta las siete de la tarde siguiente que recibió la nueva comunicación.

Pero hasta esa hora, Paul, dominado por el furor impotente de la angustiosa espera, tuvo tiempo de reflexionar profundamente. No encontró una explicación lógica al criminal empeño de los desconocidos, pero sí adquirió el convencimiento de que, fuera lo que fuese que empujaba a los asesinos, no era nada que tuviera que ver con su vida pasada en la organización de Hogan.

En consecuencia, sólo podía tratarse de un hecho acaecido después de separarse de su amigo. Y el único importante desde entonces había sido su amor por Doria.

Eso le llevó a sospechar una vez más de David Rosenfeld, aunque al llegar aquí se encontró sin nada más que barajar. El marido de Doria había estado divirtiéndose con una muchacha en las horas en que ella desaparecía. Por lo demás, Doria estaba resuelta a separarse de él, tanto si se casaba después con Paul como si no…

Deseoso de compartir sus ideas con alguien más, trató de comunicar con el teniente Scherman, pero no lo consiguió.

—El teniente no ha regresado todavía —le informó el sargento de servicio—. ¿Qué podemos hacer por usted?

—Nada en absoluto. Sólo díganle que llame a Paul Crane tan pronto llegue.

—Paul Crane… tomo nota. ¿Su teléfono, por favor?

—El sabe cuál es.

Colgó, impaciente, y continuó pegado al teléfono a la espera de que le dieran las instrucciones para entrar en actividad.

A las cuatro de la tarde sonó el teléfono. Dio un salto hacia el aparato, para oír la voz imperturbable de Scherman.

—Creo que he dado con una pista, Paul —dijo el policía—. No es mucho, pero por lo menos un punto de partida.

—¿De qué se trata?

—Te lo diré cuando lo haya comprobado, no quiero levantarte falsas esperanzas.

¿Ninguna noticia?

—En absoluto. Y han pasado más de catorce horas.

—Sí, bueno… Una cosa puedo decirte, Paul; sea lo que fuere que tienen planeado, lo harán esta noche. Saben que no pueden esperar más.

—Veremos. Hay momentos en que creo que voy a volverme loco.

—Tómalo con calma, muchacho. La necesitarás cuando te avisen.

—Sí, ya lo imagino. Supongo que tus coches siguen a la escucha.

—Ése es otro asunto —rezongó el teniente—. He tenido que mentir como un bellaco para que me permitieran prolongar semejante despliegue durante veinticuatro horas más.

Paul deseó darle las gracias, pero no encontró palabras con que hacerlo. De todas formas, antes que se le ocurriera algo apropiado ya el policía estaba diciendo:

—Cualesquiera que sean las instrucciones que te den, recuerda que debes utilizar tu coche, de lo contrario te meterás en un lío sin posible ayuda.

—Lo sé perfectamente.

—Entonces es posible que ya no volvamos a hablar hasta que todo esté terminado o haya estallado. Buena suerte, Paul.

Colgó, diciéndose que iba a necesitarla.

Luego, a las siete de la tarde, se produjo la llamada por la que había pasado horas de infernal espera. La misma voz desfigurada que ya conocía dijo:

—Preste atención, Crane, porque no voy a repetirle ni una sola palabra.

—Déjese de preliminares y al grano. ¿Qué espera usted que haga?

—¿Conoce usted un lugar llamado *Avern Rock* en la carretera

Mulhollan?

—Sí.

—Bien, tome su coche y vaya hasta el cruce de carreteras que hay al pie de la colina, donde empieza el camino privado del parador. Hay una cabina telefónica en el cruce. Entre en ella. Debajo del tablero encontrará una nota con las instrucciones finales.

¿Comprendido?

—Perfectamente. ¿A qué hora he de llegar al cruce?

—A las nueve en punto. Ni antes ni después. Eso es importante si quiere volver a ver a su adorada con vida.

—De acuerdo. Y ahora escúcheme usted a mí, hijo de perra. Si le ha hecho el menor daño a Doria, no habrá poder en la tierra capaz de evitar que le haga pedazos. Eso también es importante.

Hubo una burlona carcajada y sonó un chasquido. El teléfono quedó mudo.

Tenía tiempo de sobra para llegar al lugar indicado. Pensó en buscar nuevamente al teniente, pero el temor de no encontrarlo por una parte, y la impaciencia por ponerse en camino le hizo desistir.

De modo que abandonó el apartamento, tomó el coche y lo sacó del callejón. Al insertar la llave en el contacto pensó en el aparatito colocado en alguna parte del vehículo y se sintió mucho más tranquilo. La idea de que varios coches cargados de policías iban a seguirle la pista hasta el final le infundió ánimos.

Poco después rodaba por la carretera, fuera de la Ciudad rumbo al norte.

Viajó a velocidad moderada, tanto para consumir el tiempo sobrante, como para dar facilidades a los coches policíacos para seguirle el rastro.

Eran las nueve menos dos minutos cuando detuvo el coche en el cruce indicado. Al otro lado de la plazoleta que servía de desvío a distinto nivel distinguió la cabina telefónica, con una luz en su interior.

No había ningún otro coche en las cercanías.

Detuvo el auto a poca distancia de la cabina. En el interior había el teléfono correspondiente, y bajo éste un pequeño tablero para apoyar la guía. Tanteó bajo ese tablero. Halló un papel sujeto con cinta adhesiva y lo arrancó con cuidado.

Más, al leerlo, el desconcierto le dominó, por cuanto sólo decía:

«Vuelva a su coche y aguarde».

Tras un ligero titubeo, obedeció, yendo a sentarse ante el volante. Encendió un cigarrillo y trató de dominar la impaciencia.

Transcurrieron quince eternos minutos, enervantes, angustiosos.

Y de repente, la oscura figura de un hombre se materializó al lado de la portezuela como surgido de la tierra.

—No alborote, Crane —le advirtió una voz ronca—. Voy a viajar junto a usted para guiarle.

El hombre abrió la portezuela y se acomodó en el asiento, a su lado. Antes que pudiera poner el coche en movimiento todavía añadió:

—Parece que está usted portándose bien, amigo. Siga así y no le haré ningún daño.

—Eso me tranquiliza —gruñó Paul con sarcasmo—. Todas estas precauciones idiotas deben haberlas sacado de una historieta infantil. ¿Qué diablos creen que es esto?

—Cierre el pico. Siga por la ruta «92» hasta que le indique lo contrario. Y no corra más de la cuenta. No quiero incidentes con los motoristas de la policía.

Paul obedeció. Recorrieron más de quince millas en silencio. Y de repente, como si fuera un comentario sin importancia, el hombre que viajaba a su lado preguntó:

—¿Lleva armas, Crane?

—No.

—Cometería un grave error si me mintiera. Paul ladeó la cabeza.

—Sabía por anticipado que en algún momento de esta mascarada me registrarían. He dejado la pistola en casa.

—Bueno será que sea cierto.

Paul se preguntó quién demonios estaría detrás de aquellos tipos. Porque el hombre que estaba a su lado era un pistolero profesional. Tenía una sangre fría escalofriante, una seguridad pasmosa en sí mismo. Además, la falta de toda expresión en sus ojos, que parecían los de un pescado, le caracterizaba hasta retratarlo.

—¿Cuánto camino nos queda todavía? —preguntó a su vez.

—Poco.

—¿También usted ha venido de Detroit?

Por primera vez, el otro sufrió un leve sobresalto.

—¿De dónde saca esa idea?

—Todos los demás pistoleros que han utilizado hasta ahora han sido traídos de Detroit.

Y todos ellos han muerto. Vale la pena pensar en eso.

—¿De veras?

Pero no dijo nada más. Paul dedicó su atención a fijarse en el camino que seguían. Mantenía el coche a velocidad moderada, no tanto para obedecer las instrucciones recibidas del pistolero como para dar facilidades a los autos de la policía para seguirles la pista por medio de los impulsos radioeléctricos del «chivato» que el teniente había instalado.

Trató de imaginar por dónde estarían siguiéndole, si por la misma carretera que utilizaban ellos o por las rutas secundarias que se extendían en la misma dirección, comunicando con diferentes ciudades del Estado.

La voz de su guía rompió sus reflexiones cuando ordenó:

—A menos de media milla de aquí hay un cruce a la derecha. Tómelo.

—Bueno.

El nuevo camino era una carretera de tercer orden que se encaramaba serpenteando por la falda de una colina cubierta de bosques. A cada milla que recorrían, el piso estaba en peor estado, con profundos baches y mucho polvo.

—Atención ahora —advirtió el pistolero—. Encienda las luces «largas»… así…

Ante el brillante cono de luz apareció un claro abierto en el bosque. Allí terminaba el camino.

En él había una casa, mezcla de «*bungalow*» y cabaña rústica, pero mucho más grande que un simple refugio de fin de semana. Sus ventanas estaban iluminadas, y la puerta abierta recortando la silueta de un hombre aguardando.

—Detenga el coche, Crane. Hemos llegado.

Paró al lado de otro vehículo estacionado junto a la casa. Tan pronto saltó al suelo, el hombre de la puerta avanzó. Empuñaba un gran revólver. Su voz resonó ronca cuando preguntó:

—¿Todo bien, Buck?

—Seguro. El chico se ha portado como un hombrecito.

—¿Le has desarmado?

—Dice que no lleva armas. ¿Qué te parece a ti? Paul levantó los brazos.

—Compruébelo —dijo.

—Sólo para estar seguros…

Buck le tanteó expertamente. No encontró ningún arma.

—Entre —dijo el de la puerta—. Y no intente nada o le volaré los sesos. Sería un espectáculo deprimente para la chica, ¿no cree?

El corazón de Paul dio un salto. Eso significaba que Doria todavía estaba viva.

Entró en la casa. Era confortable y, aunque carecía de lujos, no por eso demostraba menos que debía haber costado un buen puñado de dinero. En las paredes había algunos cuadros con temas eróticos que le dieron mucho que pensar, puesto que no encajaban en lo que pudiera haber servido de vivienda…

Al penetrar en una estancia amueblada como salón vio a dos hombres más. Todos ellos eran de parecidas características patibularias y ostentaban la misma expresión desapasionada, indiferente. Estaban cumpliendo un trabajo por el cual les pagaban. No tenían por qué apasionarse en ello.

—¿Dónde está Doria? —indagó, deteniéndose.

—Ahora la verá…

Uno de ellos se desplazó negligentemente. Abrió una puerta. Dijo secamente:

—Salga.

Doria apareció en el umbral. Más hermosa que nunca a pesar de la angustia que reflejaba su semblante, y de sus cabellos revueltos.

—¡Paul! —sollozó, precipitándose a sus brazos.

Sus labios se hundieron en los del hombre en busca de una esperanza que había muerte en ella. Vibró entre sus manos por impulsos del amor y el ansia de vivir, y por el temor…

Luego susurró:

—No debiste venir, Paul… van a matarnos a los dos… Están locos… Locos, Paul.

—En mi vida he visto tipos más cuerdos que éstos, querida. Pero no me cabe duda que piensan matarnos… eso es lo que intentan desde un principio.

—Bueno, ya la ha visto —graznó uno de sus captores—. Ella volverá a su habitación mientras discutimos con usted.

Sin hacerle el menor caso, Paul preguntó suavemente:

—¿Te han hecho algún daño, Doria?

—No… nadie me ha tocado, pero me han dicho lo que van a hacer conmigo… y contigo. Es horrible…

—¿Qué quieren a cambio de tu vida? Ella titubeó. Luego dijo en un susurro:

—He de firmar un documento con fecha de diez meses atrás.

—¿Qué clase de documento?

—No lo sé.

—Ya basta —exclamó Buck—. Vuelva a su habitación, señora.

Doria miró largamente a su amado. Trató de sonreír y sólo logró una mueca de desesperación.

—Pase lo que pase, Paul…

—No sucederá nada, ya lo verás. Todo saldrá bien.

De nuevo, Doria desapareció detrás de aquella puerta. Casi al mismo tiempo que aquélla se cerraba, otra que había en la pared opuesta se abrió y apareció David Rosenfeld, el marido de Doria.

Paul sintió una sacudida en todos sus nervios. David ostentaba una mueca de desprecio en su bien parecido rostro.

—De modo que a fin de cuentas era usted quien estaba detrás de todo esto —masculló.

—Ni más ni menos, Crane. Debió haberlo comprendido mucho antes…

Llevaba una cajita metálica en la mano. Daba la sensación de encontrarse a sus anchas.

—¿Lo sabe Doria? —inquirió Paul.

—Todavía no… Quería darle una sorpresa cuando estuviera usted aquí. Los amantes deben compartir las penas y alegrías por igual —terminó, riendo.

—Es usted el bastardo más grande con que me he enfrentado jamás. Me queda el consuelo de saber que le ajustarán las cuentas mucho antes de lo que imagina, sanguijuela…

—Lamento tener que destruir sus esperanzas, romántico iluso… ¿Sabe lo que es esta cajita?

Por primera vez, Paul se fijó en lo que el otro llevaba en las manos. Distinguió los hilos eléctricos que surgían de un extremo… y sintió que la tierra se hundía bajo sus pies.

Antes que pudiera decir una palabra, David explicó con inmenso

sarcasmo:

—La policía lo instaló en su auto, amigo. Ellos lo llaman un «chivato»… Una hora después de que lo instalaran, yo lo quité, de modo que no han podido seguirlo hasta aquí…

Paul pensó en Doria. También supo que tenía que matar a aquel hombre aunque fuera lo último que hiciera en este mundo.

CAPÍTULO X

—De modo que quiere que yo convenza a Doria para que firme un documento —dijo, después de escuchar a David—. Debe estar loco y piensa que su poder sobre los demás es más grande que un rascacielos. Usted acaba de decirme que va a matarnos y encima me pide que le ayude a quedarse con la fortuna de ella… Porque es eso lo que pretende, por supuesto.

—Exactamente. Planeé esta jugada antes que usted entrase en escena. Lo calculé todo con detalle… un «trabajo» que hubiera podido llevar a cabo yo sólo tratándose de doria. Luego, ella se encaprichó de usted y las cosas se complicaron. Necesité ayuda, y me vi obligado a despilfarrar el dinero.

—Ya pensaba usted asesinarla entonces —repitió Paul, atónito —. Ese documento que quiere que ella firme, ¿es un testamento?

—Justamente.

—Ya veo. Y ella morirá en un accidente para que la policía no pueda complicarle a usted en el asunto…

—Más bien, diga que ella y «usted» morirán en un accidente, con su propio auto, despeñándose por un barranco. Por supuesto, Crane, antes de arrojarles con el coche, volveré a colocar ese aparatito…, sólo que con un cable desconectado. No podrán saber si se soltó casualmente o no, de modo que eso les satisfará en cuanto a su fracaso.

—Ya veo…

—Celebro que lo entienda usted, Crane, porque es importante que comprenda lo que les aguarda si ella no firma. Una cosa es morir despeñados en un «accidente», y otra muy distinta en manos de esos amables muchachos llegados de Detroit. Por lo que oído que comentaban, tienen unas ideas un tanto sucias sobre la manera de

«convencer» a una mujer hermosa…

—¡Hijo de perra! —estalló Paul, saltando sobre David—. Le voy…

Logró sorprender a todos momentáneamente y su piño derecho aplastó la nariz del apuesto criminal. Un surtidor de sangre saltó, encharcándole la camisa y la cara entre maldiciones y denuestos.

Pero había los otros tres individuos a la expectativa. Paul cayó bajo el envite de los pistoleros y encajó los golpes revolviéndose salvajemente.

Fue inútil. Unos minutos después estaba inmovilizado por les brazos de los pistoleros, apretado contra la pared.

David, luchando por contener la hemorragia nasal y el dolor del hueso roto, bramó:

—¡Manténgalo así…, quieto…!

Se acercó a Paul mirándole con ojos de loco. Balbució:

—¡Usted… nadie me había golpeado nunca… mi nariz…!

Descargó un brutal puñetazo contra su estómago. Paul se dobló en dos, pero los brazos que le sujetaban volvieron a enderezarlo. Y de nuevo, los puños de David cayeron sobre él como arietes, salpicándole con la sangre que seguía brotando a chorros de la cara del criminal.

Finalmente, jadeante, David retrocedió a trompicones hasta dejarse caer en una silla.

—¡Déjenlo! —aulló.

Le soltaron. Paul cayó de bruces y quedó inmóvil. Uno de los pistoleros gruñó:

—Es usted un aprendiz, amigo. Podía destrozarle la cara a tortazos…

—No quiero que encuentren huellas visibles de golpes. ¿Quién creería que su muerte era debida al accidente de coche?

—Ya veo… Claro, es cierto —convino el pistolero.

David consiguió interrumpir momentáneamente la hemorragia nasal, pero no pudo aliviar el tremendo dolor del cartílago partido. Farfullando maldiciones gruñó:

—Levántenlo. Que alguien traiga agua… quiero despertarle.

Un cubo de agua fue arrojado sobre el rostro de Paul. Poco a poco volvió a la vida sintiendo que sus entrañas se retorcían por el dolor que despertaba con él.

Sin pronunciar palabra, dos de los matones le colocaron sobre una silla. David dijo:

—Creo que ya te habrás dado cuenta de lo que te espera si te sientes héroe, Crane. Tienes dos minutos para decidir. O convencer a Doria, o dejo a mis hombres que hagan con ella lo que se les antoje.

—¡Puerco…!

—Bueno. Pero decide.

Paul notó el sudor frío que se deslizaba por su nuca. Se estremeció, porque sabía muy bien lo que podía esperarse de aquellos tres desalmados, si Doria era abandonada a sus sucios instintos. Y necesitaba ganar tiempo, en espera de una oportunidad…

—Hablaré con ella —accedió—. Pero a solas. Ella y yo nada más.

—Muy bien, pero si tiene la descabellada idea de que logrará escapar, Crane, pierde el tiempo. Todo lo que conseguirá será que ella pague por su intento, ya que esos tres amigos pondrán en práctica sus ideas respecto al modo de convencer a una mujer.

Habló brevemente con los tres hombres. Dos de ellos salieron de la estancia. El otro abrió la puerta tras la cual estaba Doria.

—Entre ahí —gruñó el matón—. Llame con los nudillos cuando termine la conferencia.

Paul entró. Doria estaba de pie en medio del cuarto, un pequeño dormitorio. Su tez tenía la blancura de la muerte y en sus ojos brillaba todo el terror del mundo.

—Lo he oído —susurró—. David…, ese miserable…

—Cálmate.

Se echó en sus brazos, sollozando. Paul sintió en sus manos el cálido contacto del cuerpo estremecido por los sollozos. La estrechó contra su pecho y buscó sus labios en un beso frenético, ardiente y desesperado como si fuera el último.

Después, al apartarla suavemente de sí, susurró en voz baja:

—No nos queda más remedio que esperar una ocasión favorable… Tal vez cuando preparen el falso «accidente» se me presente la oportunidad de luchar, ¿comprendes?

—Pero nos matarán, Paul… ¡Nos matarán!

—Por lo menos lo intentarán. Ahora escúchame bien, cariño,

porque el tiempo se nos echa encima. Tú firmarás ese maldito documento. No importa lo que haya escrito en él. Lo firmarás. Tras esto, ya sólo les quedará el trabajo de despeñamos en el coche para que David pueda entrar en posesión de tu fortuna. Bueno, entonces habrá llegado la hora de escapar.

—Sabes que no lo conseguiremos, Paul… tratas de darme ánimos, lo sé perfectamente…

—Hay una esperanza, amor, y a ella me agarro. No pueden atarnos para lanzamos con el coche. A la menor señal que hiciera entrar en sospechas a la policía, David se vería metido en un lío, perdería la herencia y casi con toda seguridad daría con sus huesos en la silla eléctrica. Los policías no son tontos, a pesar de lo que mucha gente cree.

—Paul…

—Estoy seguro que David no viajará con nosotros cuando nos lleven al fatídico paseo. No correrá ningún riesgo, de modo que se conformarán con vigilarnos. No pueden atarnos, eso ya está aclarado. Tampoco pueden golpearme de modo que queden señales, porque las heridas de un accidente son muy distintas de las causadas por los puños. Los forenses lo advierten al instante, de modo que estarán limitados a dominamos por el terror…

—Pero, Paul, ¿no comprendes que ellos serán tres y tú estarás solo?

—Mientras tenga tu amor nunca estaré solo, Doria, Todo lo que te pido es que, tan pronto se inicie la pelea, huyas sin preocuparte en absoluto de mí. Yo sabré cuidarme.

—¡Pero te matarán…!

—Tal vez, pero tú estarás a salvo, que es lo que realmente importa.

—No escaparé sin ti —murmuró Doria, mirándole con ojos en los que el amor que sentía luchaba por barrer el miedo.

El hizo un gesto de impaciencia.

—No tenemos toda la noche para discutir, querida —protestó con voz contenida—. No sé cómo se desarrollará la lucha, ni en qué momento empezará, pero sea cuando sea y como sea, tú escaparás sin preocuparte de mí en absoluto. ¿Conforme?

—¡Oh, Paul…!

—Animo, cariño; con un poco de suerte les daremos su

merecido…

—No puedo comprender cómo pude creer que alguna vez estuve enamorada de ese miserable, Paul… Siempre pensó en matarme para quedarse con mi dinero…

—Ya lo sé, él mismo me lo ha confesado con toda desfachatez. Sólo que cuando yo aparecí en escena y tú te empeñaste en lograr la separación, todos sus planes se hundieron de golpe. Hubo de recurrir a un granuja profesional para que le proporcionase pistoleros con los cuales quitarme de en medio… Bien, hasta ahora han fallado cada vez que lo intentaron. La próxima fallarán también —trató de animarla—. ¿Tú crees que alguien podrá separarme de ti, ahora que sé que estás nadando en millones?

La besó larga y profundamente, sintiendo en su boca la desesperación de aquel beso febril que ardía cual una llamarada.

Permanecieron abrazados un tiempo interminable. Paul se apartó al fin dominando a duras penas su excitación. Dio un vistazo a su alrededor, sólo para convencerse de que la habitación no ofrecía ventaja alguna para intentar una desesperada fuga. Todo su mobiliario se reducía a una cama de hierro y una silla. Una ventana cerrada había sido tapiada con gruesas planchas de madera.

—¿Cómo te trajeron aquí, Doria? —preguntó de repente.

—Vine yo sola… El me citó en este refugio para cerrar los trámites de nuestro divorcio.

—¿Tú conocías este escondrijo?

—Sabía que David compró esta cabaña. Estuvimos aquí una vez, de excursión, y a él le gustó. Dijo que iba a comprarlo. Después ya apenas si lo mencionó alguna que otra vez, como si hubiera perdido todo interés por esta cabaña… Ahora comprendo que le servía para sus fines de semana galantes…, con sus amantes.

—Para eso utilizaba también su apartamento de la ciudad, pero eso ya no importa ahora. ¿Harás lo que te he dicho, querida?

—Sí, Paul… haré lo que tú quieras.

—Magnífico. Todavía no hemos perdido esta partida. Voy a llamar ahora. Cuanto antes terminemos mejor para ti. ¿Dispuesta, linda?

—Sí, Paul. Que Dios nos ayude.

Se acercó a la puerta y golpeó en ella con los nudillos. Unos segundos después, el pistolero llamado Buck abrió y le dejó pasar,

volviendo a cerrar y dejando a Doria en su encierro.

David apareció sosteniendo un pañuelo apretado a su nariz deformada. Un brillo de odio mortal refulgía en sus ojos, pero Paul sabía que no se atrevería a dar rienda suelta a ese odio por temor a que quedara alguna señal que pusiera en guardia a la policía después del «accidente».

—¿Y bien, Crane? —Gruñó.

Su voz tenía un tono extraño a causa de la nariz rota.

—Ella firmará lo que usted quiera, siempre que le garantice que esos puercos no la molestarán en absoluto.

—Nadie la tocará en ningún momento. Es esencial que esté en perfectas condicionas —terminó con sarcasmo.

—Muy bien, entonces traiga ese dichoso documento y terminemos de una maldita vez David extrajo un pliego de papeles del bolsillo interior de la americana. Los desdoblé extendiéndolos sobre la mesa al tiempo que ordenaba:

—Tráiganla.

Doria apareció escoltada por Buck. Hubo un instante de tenso silencio cuando ella se enfrentó con David. Había un absoluto desprecio en su expresión, pero no causó la menor mella en la coraos de criminal cinismo del que todavía era su marido.

—Firma aquí, Doria… —le indicó, ofreciéndole una pluma al mismo tiempo.

—Quisiera encontrar palabras con que expresarte el asco que me produces, David…, el desprecio que me inspiras.

—Me halagas, querida… ¡Firma!

Ella miró a Paul. Éste hizo un gesto de asentimiento, sin dejar de estudiar a los tres pistoleros. Creyó comprender que el más peligroso de todos ellos era el más alto y delgado. Su cara era perfectamente inexpresiva, pero eso en si carecía de importancia. Lo que sí la tenía realmente era su mirada, la total carencia de sentimientos en aquellas pupilas de color extrañamente claro.

—Ojos de asesino nato —monologó para sí—. Debería tener muy en cuenta a aquel tipo.

Doria estampó su firma en el original del testamento y en la copia. Satisfecho, David plegó los papeles y volvió a guardárselos con parsimonia.

—Bien, éste es el último capítulo de un negocio que ya ha

durado demasiado…

—Un momento, bastardo —exclamó Paul.

—¿Quiere pedirme la última voluntad del condenado? —rió.

—No. Tan sólo me gustaría saber qué significa el *cabaret* de Henry Hogan en este criminal embrollo.

—La curiosidad mató al gato. A usted va a matarlo la pasión de una mujer demasiado rica.

—Eso no es una respuesta a mi pregunta.

—Nadie ha dicho que vaya a responderle… Bien, aquí nos separamos. Buen viaje, tórtolos.

Antes de abandonar la estancia recomendó a sus hombres:

—Ya saben lo tienen que hacer. Esperen solamente quince minutos, cuando yo me haya marchado. Luego…

Se encogió de hombros y desapareció.

Reinó un profundo silencio. Instintivamente, Doris se apretó contra Paul. Éste la rodeó por la cintura con su brazo, notando el temblor de aquel cuerpo tenso y bello.

De repente, los pasos de David volvieron a escucharse al acercarse apresuradamente.

Entró con el rostro muy pálido. Barbotó:

—Hay alguien fuera…, lo he visto cuando se escondía detrás de un árbol… Buck gruñó, escéptico:

—Acabará usted viendo fantasmas. Lárguese de aquí y déjenos el trabajo a nosotros. Nadie nos siguió cuando vinimos, me aseguré de ello. Y si usted quitó el «chivato» del auto…

—Estoy seguro que he visto esconderse una sombra —insistió David, cada *vez* más nervioso.

Paul tensó los músculos. Suavemente, apartó a Doria para tener más libertad de movimientos. Uno de los pistoleros avanzó unos pasos y se colocó cerca de él, vigilándole con ojos de halcón.

David, tras unos instantes de indecisión, gruñó:

—Tal vez me haya equivocado. Hagan su trabajo y desaparezcan. Ya saben dónde podrán recoger el dinero.

Volvió a salir, evidentemente asustado. No cabía la menor duda que no era un hombre de acción, tal como Paul ya sospechara antes de conocerlo.

De nuevo se hizo un silencio. Y de repente, en el exterior, sonó el seco estampido de un revólver, despertando todos los dormidos

ecos del bosque y haciendo que los tres pistoleros dieran un brinco de alarma.

Paul empujó a Doria hacia atrás.

—Métete en la habitación —susurró.

Los matones habían empuñado sus armas. Uno de ellos se acercó a la ventana y atisbó el oscuro exterior. Otro disparo, éste de un arma más potente, pulverizó el cristal de la ventana y el pistolero trazó una trágica pirueta en el aire, antes de desplomarse con la cabeza atravesada por un proyectil de gran calibre.

Apenas si su corpachón había tocado el suelo cuando la puerta se abrió y David entró a trompicones, pálido como un sudario, barbotando obscenidades y juramentos.

Doria retrocedió empujada por Paul. Éste logró que entrara en la habitación y cerró la puerta. David le miró como un demente.

—¡Tú! —aulló—. ¿Qué maldito truco…? Una voz recia se elevó fuera, en el silencio.

—¡Están rodeados, salgan con las manos en alto!

Paul fue el primer sorprendido por los inesperados acontecimientos. Sabía sin lugar a dudas que el teniente no podía haberle seguido la pista sin la guía del aparato electrónico. Y tampoco aquella voz era la de Scherman. Más bien parecía…

David Rosenfeld balbució:

—¡Nos van a cazar! ¿No lo oyen? ¡Hagan algo, malditos! —Se encaró con los pistoleros como un loco— ¡les pago para que luchen! ¿No es cierto? ¿No es así?

Los dos hombres se miraron. Uno de ellos masculló:

—Pues sí que es una ayuda el tipo este… tiembla como un flan. Por menos de un centavo me largaba de aquí por mi cuenta…

Buck gruñó:

—No podemos hacer eso. Nunca nos sería posible regresar a Detroit, y tú lo sabes. Vamos, liquidemos a ésos de ahí fuera antes que ellos acaben con nosotros. Usted, ¿cree que podrá mantener vigilado a su amiguito?

David miró a Paul con odio y temor.

—Sí…, esperen…

Se acercó a donde estaba el caído y se apoderó de su revólver, encarándose con Paul.

—Ahora, Crane —barbotó—. Intente algo…, inténtelo para que

pueda matarle como a un perro…

La voz del exterior rugió:

—¡Tienen un minuto para rendirse! ¡Sesenta segundos, hijos de perra, porque después no habrá cuartel para nadie!

Buck dijo:

—Ésos no parecen polizontes. ¿Tiene idea de quiénes son, Rosenfeld?

—No…, no puedo imaginarlo.

Paul estaba luchando para no dejar escapar el grito de entusiasmo que pugnaba por salir de su garganta. Porque él sí había reconocido aquella voz…

Repentinamente sonó una descarga y todos los cristales de la ventana saltaron convertidos en añicos. Disparaban con una pistola ametralladora.

Paul dio un brinco y se arrojó al suelo, mientras los proyectiles arrancaban astillas de las paredes.

Los dos pistoleros saltaron hacia la puerta y desaparecieron. David, enloquecido, se apretó contra la pared lateral blandiendo el revólver. Sus ojos estaban desorbitados, inyectados en sangre.

—¡Te mataré! —aulló—. Tú los has traído…, te mataré… y a esa perra…

Paul se agazapó con todos los nervios tensos, dando la sensación de una pantera al acecho. Vio cómo el revólver le buscaba con su negro cañón y saltó.

Decir que saltó no es hacer justicia a su cabriola. La verdad es que voló materialmente, catapultado por sus entrenados músculos. Retorciéndose en el aire, esquivó el primer balazo. Luego ya no se ocupó de otra cosa que de pegar.

Cayó sobre el criminal como una bala de cañón, derribándole y rodando estrechamente abrazado a él. El revólver vomitó una llamarada casi ante sus ojos y el escozor de la pólvora le cegó momentáneamente, pero sus puños se habían convertido en duros martillos y machacaron sin piedad el rostro de David, mientras éste se retorcía buscando la manera de clavarle una bala.

Un mazazo con todo su impulso se aplastó sobre la ya rota nariz del asesino, arrancándole terribles lamentóse. Paul vio la oportunidad de aferrar la muñeca armada y lo hizo, mientras oía el fragor de la batalla alrededor de la casa. Los pistoleros estaban

ganándose la paga…

David se revolvió frenéticamente para escapar a la zarpa que trataba de arrebatarle el revólver. Todo lo que consiguió fue que su enemigo lograra colocarse sobre él y le retorciera el brazo salvajemente.

Paul jadeó:

—¡Suéltalo, bastardo…, suelta el revólver o te arranco el brazo…!

—¡Te mataré…! —repitió, ciego de furor.

Sin cesar de forzarle el brazo hacia arriba, por la espalda, Paul se levantó, arrastrando a David con él. Sonó un lúgubre chasquido cuando el brazo cedió. Instantáneamente, David comenzó a gritar como un loco salvaje, soltando el revólver de entre sus dedos sin fuerza.

Paul saltó a un lado, empujándolo. Pudo inclinarse y recoger el arma antes que el criminal hubiera recobrado el equilibrio.

Su brazo pendía inerte, retorcido tal como quedara después de la implacable presión a que había estado sometido. No cabía duda que lo tenía roto.

Paul gruñó:

—Ahora, hijo de perra, llama a tus mastines. ¡Vivo!

No fue necesario. Uno de los pistoleros apareció con el rostro crispado.

—¡Han matado a Buck, tenemos que largarnos de aquí…!

Nunca se dio cuenta de que moría. La bala le entró por entre los ojos, arrojándole de espaldas fuera de la estancia, manoteando en el aire como si tratara de aferrarse a la vida que saltaba fuera de él a borbotones rojos.

—Se acabó —masculló Paul entre dientes—. Ahora podré ocuparme de ti, sanguijuela… Alguien apareció en la ventana. Uno que dijo:

—Como en los años treinta… a tiro limpio. ¡Qué tiempos me perdí, muchacho!

Henry Hogan miraba el espectáculo con ojos brillantes de excitación. Empuñaba una pistola ametralladora y al parecer se encontraba a sus anchas.

—He reconocido tu voz —murmuró Paul—. ¿Cómo nos has encontrado?

—Todo ha sido sencillo… ¿Dónde está tu adorada?

Doria apareció en el umbral de la habitación. Apenas si podía sostenerse sobre sus piernas. Balbució:

—Nunca le agradeceremos bastante, Hogan…

—No lo diga. Recuerde que no puede soportar mi presencia…

Saltó al interior, mientras uno de los matones que regularmente cuidaban del orden en su local ocupaba su puesto. Hogan echó un distraído vistazo al pistolero acribillado a balazos y luego se enfrentó con el lloriqueante David.

—A éste es al que quería ver…, maldito bastardo…, tomar mi local como si fuera una agencia de apuestas…

—¿Cómo sabes que fue él?

—¿Por qué crees que estoy aquí, y cómo supones que he averiguado el paradero de esta choza? El niño tenía grandes proyectos… y mucho éxito con las mujeres. Se asoció con una, peligrosa como una serpiente… ¡Eh, Rusty, tráela!

Otro de los matones de Hogan apareció por la puerta, empujando ante sí a la hermosa Sara Diamond, la escultural *estrella* de *strip-tease.*

—El amor del gran David —rezongó Hogan—. Me costó averiguarlo, y luego todavía me costó más obligarla a cantar como un canario…

Uno de los ojos de la bailarina se había cerrado y un gran hematoma teñía de oscuro parte del pómulo. No debían haberla tratado muy bien…

—No debiste golpearla, Henry —gruñó.

—¿Yo? Fue uno de los muchachos que perdió la paciencia… Por supuesto, tendré que castigarlo por eso… debió ponerle los dos ojos por un igual. Debes saber, muchacho, que la idea genial de todo este embrollo partió de ella. Reconoce que su enamorado jamás habría tenido valor suficiente para seguir adelante sin ella.

—Puedes apostar que no es ningún héroe…

David, que se había apoyado en la pared, ladeó la cabeza y, deslizándose a lo largo de la madera, se desplomó inerte. El dolor le había vencido.

—Bueno —dispuso Hogan—. Ahora puedes llevarte a tu adorada. Necesita un buen descanso y unos cuantos mimos que le devuelvan la confianza en el género humano.

—¿Y tú…?

—¿Yo? Me quedo, por supuesto.

—¿Por qué?

—Bien, digamos que quiero hablar un rato con esta pareja. Una charla amistosa, no vayas a creer otra cosa.

—Escucha, Henry; no puedes hacer eso. Debemos entregar a esos dos a la policía. El teniente Scherman…

—El teniente Scherman debe estar preguntándose en qué parte de la nación estás a estas horas —rió Hogan, burlón—. Esa víbora me ha contado que David vigilaba tu apartamento y vio cómo la policía instalaba el aparato en tu auto, de modo que lo quitó. No han podido seguirte, de manera que si no es por nosotros creo que las cosas se hubieran desarrollado de manera muy desagradable para ti. Y ahora, deja de discutir y lárgate, Paul.

Paul sacudió la cabeza.

—No dejaré que sigas adelante, Henry…

—Te dije que limpiaría mi local. Bueno, ya he empezado a hacerlo. Una limpieza a fondo, ¿no? Llévate a Doria. Apuesto que ella está deseando encontrarse en un lugar en el cual pueda darte las gracias por haberla salvado de…, ¿cómo se dice eso…? Ah, sí, eso es; por haberla salvado de un destino peor que la misma muerte.

Se echó a reír. Hizo una seña al tipo de la ventana y éste entró sin pronunciar palabra.

—Cuídate del bello asesino. Si se pone tonto, no vaciles en volarle los sesos. Y tú, Paul, no apures mi paciencia. Tienes el coche a mano…, aprovéchalo.

Entonces surgió una nueva interrupción, y también desde la ventana. La voz del teniente Scherman gruñó:

—¡Nadie va a largarse de aquí por el momento!

Giraron como peonzas, Paul enarcó las cejas. Se alegraba de la llegada del policía. Hogan comentó:

—La policía siempre llega tarde al lugar del suceso, pero esta vez ha llegado con demasiada antelación… ¿Por qué no se ha retrasado usted un poco, polizonte?

Scherman saltó al interior. Miró a su alrededor con ojos atónitos. Entonces descubrió que todavía empuñaba su revólver de reglamento y lo blandió bruscamente.

—¡Todas esas armas al suelo, Hogan! —exclamó.

El aludido suspiró resignadamente. El y sus dos hombres dejaron caer sus armas, que el policía recogió sin vacilar.

—Y ahora —dijo—, que alguien me cuente qué significa este matadero.

—Todavía no has visto nada. Hay dos tipos más despanzurrados ahí dentro.

—¿Sí?

—Dime primero cómo demonios has llegado hasta aquí. No pudiste seguir el rastro de tu «chivato».

—No. ¿Qué pasó?

—Lo robaron —rió Hogan—. ¿Se da cuenta? Robaron a la policía. ¿No es para reírse?

—Ríase y le saltaré los dientes. Te dije por teléfono que tenía una pista, ¿recuerdas?

—Sí, pero…

—Hace un par de semanas, David Rosenfeld sobornó a un empleado del Banco para que le facilitase las cantidades que Doria tiene depositadas, tanto en metálico como en valores, acciones y otros intereses. Un balance completo. Eso me escamó y me hizo pensar en otra cosa. Después de hablar contigo se me ocurrió que muy bien pedía ser él quien mandaba a los asesinos para que te quitaran de la circulación. Bueno, lo comprobé.

—¿Qué lo comprobaste? No veo cómo…

—¿Recuerdas la nota encontrada en el bolsillo del asesino que entró en tu apartamento? Bueno, no cabe duda que fue escrita por David. Otro error de aficionado. Tras esto ya sólo me quedó buscarlo, y luego, cuando desapareciste y el «chivato» no dio señales de vida, pensé que si Doria estaba secuestrada y a ti te atraían a una emboscada, debía buscar un lugar discreto y seguro. Hice averiguaciones y descubrí que David Rosenfeld era el propietario de un refugio de montaña que utilizaba para sus líos amorosos… Bueno, vine directamente, sin decir nada a mis hombres por si estaba equivocado… No quería hacer el ridículo en un caso así.

—Llegó demasiado pronto —rezongó Hogan—. Yo tenía algo que hacer todavía…

—Usted y yo hablaremos cuando sepa los detalles de lo

sucedido. ¿Alguien está dispuesto a contármelo de una condenada vez?

Paul se encargó de hacerlo, mientras el policía se limitaba a asentir de vez en cuando.

Al final masculló:

—Yo imaginaba algo semejante, pero no creo que hubiese podido llegar a tiempo…, no cabe duda que le debes la vida a Hogan… Por una vez he de descubrirme ante un tahúr.

—No se ponga sentimental, polizonte. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Usted y yo vamos a discutir algunos detalles. Paul puede llevarse a su adorada lejos de aquí. Necesita descanso.

Doria sonrió. Los colores comenzaban a volver a sus pálidas mejillas. Paul murmuró:

—Te veré por la mañana en tu despacho.

Echó una última mirada a la abatida Sara Diamond. Ya no tenía aspecto de diamante…, más bien parecía la imagen de la desolación.

Rodeó la cintura de Doria y la sacó de la casa, llevándola hacia el coche. Sólo cuando estuvieron rodando montaña abajo ella susurró:

—Jamás olvidaré la pesadilla de esta noche, Paul. Ha sido todo tan horrible…

—Yo haré que la olvides.

Detuvo el coche bajo los árboles. Ella se echó en sus brazos como si quisiera olvidar a fuerza de caricias. Fue un beso loco e interminable, bajo el susurro de las ramas, al amparo de la oscuridad impenetrable de los centenarios troncos.

Cuando el auto reanudó la marcha, ella sabía que en los brazos de Paul Crane lograría olvidar el pasado.

Aprendería a vivir cada instante como si fuera el último de su vida, sabiendo que habría muchos otros tan hermosos y apasionados como los vividos a su lado…

—Paul… —susurró.

—Dime, Linda.

—Ámame…, siempre.

—Siempre —repitió—. Empezando esta noche. Realmente, así fue.

FIN



José María Lliró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los Alias:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.
- Milly Benton.

- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.